Antonio Paso ✧ Joaquín Abati

MI QUERIDO PEPE

Juguete cómico en dos actos y en prosa, original.

PRIMERA EDICIÓN

= 300 =



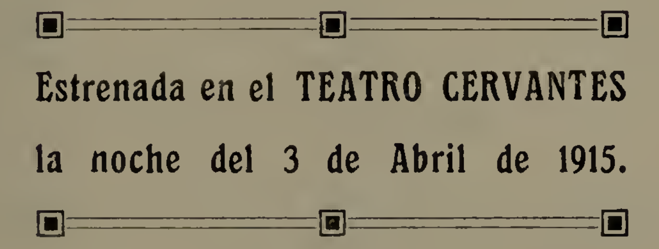
MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, número 24
1915

MI QUERIDO PEPE

Antonio Paso ⟡ Joaquín Abati

MI QUERIDO PEPE

Juguete cómico en dos actos y en prosa, original.



Estrenada en el TEATRO CERVANTES
la noche del 3 de Abril de 1915.



MADRID
IMPRENTA DE CÁNDIDO ALONSO Y COMPAÑÍA
Ronda de Atocha, 15 — Teléfono 809
1915

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
OROSIA	Sra. Alba.
MERCEDES	Toscano.
LIBRADA	Ríos.
EXALTACIÓN	López.
CATALINA	Simó.
RESURRECCIÓN	Calvo.
PEPE	Sr. Simó Raso.
BALTASAR	Molinero.
RAFAEL	Marchante.
ANGELITO	Aguirre.
PACO	Meseguer.
CURRILLO	Hidalgo.
VARIOS MOZOS, que no hablan.	

La acción del primer acto, en Madrid.
La del segundo, en un pueblo.

ÉPOCA ACTUAL



ACTO PRIMERO

Gabinete bien amueblado en casa de Pepe Pita. Al foro, puerta de entrada. A la izquierda del actor, dos puertas. A la derecha, en primer término, puerta; en segundo término, balcón con vidrieras y maderas que puedan abrirse. Mobiliario a gusto del Director de escena. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón la escena está desierta y a oscuras. Momentos después, por la puerta del foro, entra LIBRADA, criada de la casa, seguida de BALTASAR. Este último, representará unos cuarenta años, y vestirá como persona bien acomodada. En la mano lleva un embuchado envuelto en un papel, y un muestrario de *linoleum*. Librada, al entrar, enciende la luz eléctrica de una lámpara que habrá en el centro. Después, abre el balcón de la derecha que inunda de luz la escena y enseguida vuelve a apagar la luz eléctrica.

Balta. ¿Con que durmiendo, a las nueve de la mañana? ¡Ya le daré yo a ese haragán!

Libra. ¡Pero si se acostó hace dos horas! Apenas habrá cogido el sueño. Anoche, después de cenar, se puso el señor bastante malo. Hubo que llamar al médico, y resultó un empacho gástrico.

Balta. ¡Hombre, muy bonito! ¡Ya podía haberme mandado recado! ¡Vaya un amigo! ¡Se empacha y no me avisa!

Libra. Si ya está casi bien. Lo que necesita es dormir. Por eso, cuando sepa la señora que le he dejado a usted pasar, voy a tener regañina.

Balta. (Indignado.) ¡Regañina!... ¿Y por haberme dejado pasar?... ¿Es decir, que se me mide a mí por el mismo rasero que a un conocido superficial cualquiera?... ¡Como si yo no fuese el mejor

amigo de tu señor! ¿Qué digo el mejor? ¡El único!

Libra. Eso dice también el señorito Rafael.

Balta. El señorito Rafael es un iluso. ¿De dónde va a ser él más amigo que yo de tu señorito? ¡Estaría bueno! Si Pepe y yo somos como hermanos. Vaya, voy a despertarle.

Libra. ¡Pero señorito!...

Balta. No hay pero que valga, yo soy de casa. (Entra en la primera izquierda.)

ESCENA II

LIBRADA. Enseguida MERCEDES, mujer de PEPE. Viste una bata elegante. Es relativamente joven.

Merce. (Saliendo.) ¿Con quién hablabas? ¿Se ha levantado acaso el señorito?

Libra. No se he levantado, pero le levantarán.

Merce. ¿Qué dices?

Libra. Que en este momento le estará levantando su amigo don Baltasar.

Merce. ¿Pero cómo? ¿El señorito Baltasar se ha atrevido?...

Libra. ¡Anda!... Y porque le dije que quizá me regañase la señora por haberle dejado pasar, usted no sabe cómo se puso.

Merce. ¿Pero le dijiste que había estado malo, que se acostó hace muy poco?...

Libra. Todo, y como si no.

Merce. (Sentándose.) Verdaderamente, no sé cómo mi esposo tolera... son ya demasiadas confianzas...; bueno y santo que sean amigos de la niñez, que se quieran como hermanos, pero hay momentos en que resultan insufribles, lo mismo el Baltasar que el Rafael.

Libra. Y que lo diga usted, señora.

Merce. No le dejan vivir, todo se lo han de consultar; y Pepe por aquí, y Pepe por allá...; más que amigo de ellos, parece su padre.

Libra. Y lo peor es que tienen celos uno de otro.

Merce. Sí, ya lo he notado. Si el señor saca la petaca y le ofrece antes a uno de ellos, se enfada el otro. El Domingo, se le ocurrió a Pepe pedir un cigarro estando delante los dos, y ¡nunca lo hubiera hecho! Cada cual ofreció el suyo, y para no disgustarlos, se tuvo que fumar con la mano izquierda el cigarro de Rafael, y con la derecha el de Baltasar; y menos mal que tiró las colillas al mismo tiempo, porque si se

le ocurre tirar antes la de uno de ellos, hay bofetadas.

Libra. Son una ganga los tales amigotes.

Merce. ¡Qué quieres! Mi esposo es así. Tiene debilidad por sus amigos.

Libra. Pues a mí me parece que ya se va cansando de ellos.

Merce. No lo creas; en cuanto le hablan de la niñez o le recuerdan los tiempos en que iban juntos al colegio, hacen de él lo que quieren. Por supuesto, que un día me decido y los pongo en la calle, aunque Pepe se incomode.

Libra. (Mirando por primera izquierda.) Ya me parece que salen.

Merce. Pues vamos, no quiero que me vean. Me notarían en la cara lo molesta que estoy. A ver si se marcha pronto y puede Pepe descansar hasta la hora de comer.

Libra. Voy a poner la escoba boca abajo detrás de la puerta. (Hacen mutis por segunda izquierda.)

ESCENA III

PEPE y BALTASAR

Pepe sale vestido con pijama, zapatillas, despeinado y medio dormido. Le sigue Baltasar.

Balta. Chico, perdona; pero tú comprenderas que...

Pepe. ¿Quieres callar? Ya comprendo que cuando te has decidido a despertarme, es porque se tratará de algo importante.

Balta. Hombre..., tanto como importante... gramaticalmente hablando, no es importante.

Pepe. Bueno, pues de algo urgente.

Balta. Te diré; gramaticalmente hablando, no es cosa urgente.

Pepe. ¡Pues entonces, me lo podías haber dicho sin necesidad de sacarme de la cama, porque estaba gramaticalmente dormido!

Balta. Es que aquí hay más luz que en la alcoba, y lo que me trae requiere bastante luz.

Pepe. (Sacando un pitillo.) Bueno, pues tú diras.

Balta. (Cogiéndole el cigarro.) ¡Quita hombre, quita! ¿Vas a fumar esa porquería?

Pepe. ¿Cómo porquería? Lo que fumo siempre.

Balta. (Dándole otro pitillo que saca de su petaca, después de tirar el de Pepe.) Toma. Mezcla de cuarterón y de contrabando. Me los hace Orosia, y antes de liarlos, les echa esencia de bergamota, cognac

y licor del Polo de Orive. Verás que *bouquet.*

Pepe. ¡Pero si es que a mí el tabaco, me gusta que sepa a tabaco, y no a botica!

Balta. (Incomodado.) ¡No digas majaderías, Pepe! Por supuesto, que esta resistencia ya se yo a qué obedece. Dí que no quieres fumártelo porque es mío, y nada más. Si fuera de Rafael...

Pepe. ¡No, hombre! Eso nunca. Trae, que vas a ver con qué gusto saboreo este Catálogo de Productos Químicos. (Pepe toma el pitillo, lo enciende con el encendedor que Baltasar le ofrece, y después de dar una chupada, dice.) Ea, ya puedes hablar cuando quieras.

Balta. Pues nada chico, que como sabes que estaba decidido a poner *linoleum* en el cuarto de baño, anoche llevó mi mujer unas muestras para que eligiera con objeto de que hoy fuesen a colocarlo, y discutiendo ella y yo por cual decidirnos, nos pareció feo escoger sin que tú lo vieras antes.

Pepe. Pero no era necesario...

Balta. ¿Cómo que no? Es una atención...

Pepe. Que yo agradezco mucho.

Balta. Te advierto que yo al pronto no había caído; pero Orosia me dijo: «Baltasar, ¿cómo vamos a elegir sin que nos dé su parecer Pepe? ¿Qué va a decir cuando se entere de la reforma balnearia y vea que no le hemos consultado?» (Sacando un muestrario de *linoleum.*) Y aquí me tienes con las muestras.

Pepe. Muy bien, chico, muy bien. Ahora que yo te habría agradecido más que me hubieses consultado por la tarde o por la noche, porque con el sueño que tengo no estoy en condiciones..., y luego que por muestra, es tan difícil darse idea...

Balta. Si quieres voy por las dos piezas enteras.

Pepe. No; ¿para qué?

Balta. Mira, éste es a 3,50, colocado, y éste a 5,20, sin colocar.

Pepe. Ah, pues desde luego yo me decidiría por el colocado. Ofrece más garantías que el otro sin colocar.

Balta. ¿De modo que le puedo decir a Orosia?...

Pepe. Que cierre los ojos y que se decida por este.

Balta. Sin embargo, parece que no tiene el brillo de este otro.

Pepe. Por lo mismo será más duradero.

Balta. Además, el dibujo no me llama mucho la atención...; estos cuadros blancos y negros... parece un tablero de ajedrez.

Pepe. Pero es mate y se conserva mejor que el de brillo. Ahora que tú puedes hacer lo que quieras...; me pides mi opinión.

Balta. ¡No faltaba más! Tú opinas que este, y este se pone. Ah, mira, para que veas que me acuerdo de ti. (Le da el embuchado, envuelto en un papel, y una papeleta de una rifa, que saca de la cartera.)

Pepe. ¿Qué es esto?

Balta. Una papeleta para la rifa que hace Orosia de un contador de gas... Como hemos quitado la instalación, y no es cosa de venderlo, porque no dan casi nada...; es una peseta..., ya me la darás, no corre prisa.

Pepe. No, hombre; tómala. (Sa la da.)

Balta. Como quieras. (La toma.)

Pepe. ¿Y esto?

Balta. Eso es cuarto de kilo de embuchado riquísimo. Me lo manda mi cuñado de Candelario; pero ya verás, ¡cosa exquisita!

Pepe. Pero, hombre, si sabes que no me gusta que entre, bajo ningún aspecto, el cerdo en casa...

Balta. ¡Hombre! ¿De manera que te traigo una fineza, un recuerdo?...

Pepe. Y yo te lo agradezco; pero el médico nos tiene prohibido en absoluto a Mercedes y a mí que lo comamos por el maldito reuma...; además, nos hace daño.

Balta. ¿Y tú crees que a Orosia y a mí nos sienta bien? Pues no, señor. Siempre que lo probamos, ya se sabe, dos días de cama. Pero comérnoslo sin acordarnos de ti, ¡eso nunca! Apenas lo recibimos, fué lo primero que dije: «Hay que llevarle un pedazo a Pepe.» Y eso, eso es lo que te debe sentar bien, el recuerdo. Aparte de que ya te he dicho que el embuchado es de primera.

Pepe. Bueno, hombre, pues un millón de gracias.

Balta. De nada, Pepe, de nada. Ahora te voy a dar una noticia que te va a entusiasmar, porque yo sé que tomas parte en mis alegrías como si fueran tuyas.

Pepe. Así es.

Balta. Bueno, pues se trata de un banquete que me van a dar varios amigos, entre los que se cuentan las primeras figuras de la literatura, de la política, del periodismo...

Pepe. ¡Caramba!... Te felicito... ¿Y con qué motivo te le dan?

Balta. Con motivo de un rompecabezas que mandé al *Heraldo* y salió premiado en el último concurso.

Pepe. ¡Hola, hola!

Balta. Sí, chico; como sabes que tengo esa facilidad para la literatura recreativa..., es que hago preciosidades. Hoy he mandado un acertijo que tiene la gracia por arrobas. Te vas a torcer de risa. Verás. ¿En qué se parece un alabardero al premio gordo de la lotería? A ver...

Pepe. ¿Un alabardero al premio gordo?... No caigo...

Balta. (Riéndose de su chiste.) En que viene de perilla. ¿Eh? ¿Qué tal?

Pepe. (Muy serio.) Es gracioso.

Balta. Será gracioso, pero no te ríes.

Pepe. Es que...

Balta. No, si está visto. Basta que sea mío. Si fuera de Rafael, ya te estarías revolcando por el suelo de pura risa.

Pepe. (Aparte.) Me reiré para evitar cuestiones. (Alto.) Perdona, hombre; si es que no había caído al pronto... Ahora lo veo... ¡Graciosísimo! (Riendo exageradamente.) ¡Ja, ja, ja!... Es que yo había cogido la idea esa del gordo, pero me dejaba la perilla..., y claro, no unía... ¡Ja, ja, ja!... ¡Ay, no puedo más!...

Balta. (Riendo también.) ¡Ya decía yo!... ¡Si es para ponerse malo!...

Pepe. ¡Pero muy grave!... (Ríen los dos.)

Balta. Bueno, pues te dejo, que voy a un asunto íntimo... (Dándose importancia.) Ya..., ya te contaré el resultado...; como para ti no tengo secretos... ¡Chico, me asedian las señoras!

Pepe. ¿Si, eh? Pues anda con ojo, que si se entera Orosia...

Balta. No me lo digas. No hay día que no tengamos una bronca por cuestión de celos. Es un turco con *entravé* y descote. Vaya, te dejo para que duermas un rato, y da orden de que si viene Rafael no le dejen pasar...; es capaz de levantarte para cualquier tontería.

Pepe. ¡Vaya si es capaz! Pero ¿qué le voy á hacer? Es un buen amigo; un amigo íntimo.

Balta. Pero no tanto como yo.

Pepe. Bueno, hombre, no te disgustes; un poco menos.

Balta. No tan poco.

Pepe. Lo que quieras.

Balta. Pues hasta luego. (Tendiéndole las manos.) Mi querido Pepe..., no te digo nada.

Pepe. Igualmente, mi querido Baltasar.

Balta. Que no dejes de probar el embuchado.

Pepe. Descuida. (Baltasar hace mutis por el foro.)

ESCENA IV

PEPE y MERCEDES por la segunda izquierda.

Pepe. (Bajando al proscenio.) Este Baltasar... ¡Es que me tiene una ley!...

Merce. (Saliendo.) ¿Se fué ya?

Pepe. ¿Quién?

Merce. ¿Quién ha de ser? Tu íntimo. Esa especie de muérdago que te ha brotado y que no te deja ni dormir. ¿De qué os reíais tanto?

Pepe. Ah, pues de un acertijo muy gracioso, que a mí no me ha hecho ninguna gracia...; pero por halagarle...

Merce. Como siempre.

Pepe. Después de todo, hay que agradecer que tengan con uno ciertas atenciones... Ya ves, iban a poner *linoleum* en el cuarto de baño, y ha venido a enseñarme las muestras y a pedirme parecer.

Merce. (Irónica.) ¡Figúrate qué asunto tan grave! (Por el paquete de embuchado.) ¿Y eso, qué es?

Pepe. Pues un embuchado riquísimo. Se lo han mandado de Candelario.

Merce. ¿Pero no sabes que no podemos comerlo?

Pepe. Sí; ya se lo he dicho, ¿pero cómo iba a hacerle el desaire?...; ponte en mi caso. Me dió una papeleta para una rifa que hace su señora, y al mismo tiempo que me alargaba la papeleta me metió el embuchado. Si se le devuelvo tenemos un disgusto. Además, le he prometido que lo probaremos.

Merce. Lo probarás tú, que yo no estoy dispuesta a caer mala.

Pepe. No te creas, que a ellos también les hace daño.

Merce. Sí; pero es lo que habrán dicho: ¿Cómo vamos á tener nosotros un cólico sin que lo tenga Pepe?

Pepe. ¡Bah!, eres un poco exagerada.

Merce. ¡Exagerada! Oye, Pepe, yo comprendo que te sea necesaria la amistad de Baltasar y Rafael, que los quieras como a hermanos..., al fin y al cabo esa amistad data, según tú, de cuando erais jóvenes.

Pepe. Más aún.

Merce. Bien; desde que erais niños.

Pepe. Más aún.

Merce. Hombre, antes de nacer no creo que...

Pepe. Pues crees mal, porque nuestras respectivas

madres cuando nos llevaban en sus respectivas entrañas eran ya entrañables.

Merce. Bien; pues quedamos en que erais amigos antes de nacer, pero una cosa es la amistad y otra cosa es la langosta.

Pepe. No veo la relación que pueda tener con este asunto el respetable crustáceo.

Merce. Porque eres ciego; pero más temible que la plaga de langosta es la plaga de estos dos amigos que aquí ha caído y que van a acabar con nosotros.

Pepe. Mercedes, te repito que exageras. Cierto que hay momentos en que se ponen algo pesados, yo lo comprendo, pero como la causa de todo es el afecto grande que nos tienen, ¿qué quieres que haga?

Merce. ¿De manera que, por lo visto, piensas que sigamos así toda la vida?

Pepe. ¿Y qué mal hay en ello?

Merce. Está bien; no hablemos más. ¿Vas a volver a acostarte?

Pepe. Sí; descansaré siquiera hasta la hora de comer. Me llamas a la una, ¿verdad?

Merce. Descuida.

Pepe. (Bostezando.) Estoy reventado. Hasta luego. (Medio mutis por primera izquierda.)

ESCENA V

DICHOS, LIBRADA por el foro. Después EXALTACIÓN.

Libra. (Saliendo.) ¡Señorito!

Pepe. ¿Qué pasa?

Libra. Una mujer que trae una carta urgente para usted.

Pepe. ¿Para mí? Bueno, pues que te la dé.

Libra. Dice que tiene encargo de entregarla en propia mano y que es de su íntimo amigo don Rafael.

Merce. ¡Ya pareció aquéllo!

Pepe. ¿De Rafael? Entonces será la criada...

Libra. No, señor, no; esta debe ser..., vamos... el aspecto es... así como de ama de cría.

Pepe. ¿Ama de cría?...; bueno, dile que pase. (Librada hace mutis por el foro para volver a salir con Exaltación.)

Merce. ¿Qué se le habrá ocurrido a tu segundo amigote?

Pepe. Véte a saber..., puede que sea algo urgente. Lo que me extraña es la portadora, porque así, con tipo de nodriza; en su casa que yo sepa...

Libra. (A Exaltación, entrando.) Ahí tiene usted al señor. (Hace mutis.)

Exalta. Con licencia. ¿El señor es don Pepe Pita, verdad?

Pepe. El mismo.

Exalta. Pues esta carta de parte de su mejor amigo don Rafael. Me encargó que se la entregase al señor en propia mano, y que en la misma propia recibiese la contestación. (Le tiende una carta.)

Pepe. Está bien; venga. (Toma la carta, la abre y lee.) «Querido Pepe: Como te indiqué, estamos decididos a dejar de criar a Pepín con cabra, porque no te puedes hacer una idea del trastorno que el dichoso rumiante produce en una casa. La que nosotros tenemos, en poco más de un mes, se ha comido un cortinón del despacho, la cenefa de papel del comedor y un sombrero de copa que acababa de comprarme. Figúrate con qué gusto veremos a nuestro pobre hijo beberse el jugo de los citados artefactos. Por lo menos el del sombrero se me ha metido a mí en la cabeza que ha de serle muy nocivo. Así, pues, encargamos un ama que substituya al otro animal, y la Agencia nos envía la dadora. El tipo, como verás, no puede ser más lacteo, y yo creo que Pepín encontrará, a poco que succione, magnífica alimentación.» (Mirando al ama.) ¡Lo que es la despensa, a juzgar por la presentación, parece que está abarrotada! (Continuando la lectura.) «Antes de aceptarla, tanto Carolina como yo, nos hemos dicho: sin que Pepe nos dé su opinión no está bien que la tomemos. Por lo tanto, te suplico que la veas, la examines y, con ella misma, nos mandes por escrito tu dictamen, en la seguridad de que será, como siempre, una orden que cumplirá ciegamente tu mejor amigo, *Rafael*. Posdata: De quedarnos con el ama, hemos pensado enviarte la cabra para que nos la cuides hasta ver qué hacemos con ella. Los primeros días te servirá de distracción, pero después ya verás la pejiguera que es el tal cuadrúpedo *tubicórneo* en un piso segundo tan coquetón como el tuyo. Te lo pondrá perdido.—*Vale*.»

Merce. (Indignada.) ¡Qué ha de valer! ¡Entrar en casa la cabra y salir yo!...

Pepe. (Conteniéndola.) ¡Por Dios, Mercedes!, ten en cuenta que está delante la que ha de substituirla..., casi una compañera...

Merce. Es que te conozco y sé que eres capaz de recibirla y hasta de aposentarla aquí.

Pepe. Eso, para que se coma la *chaisse longue*. Bueno, no desbarres y vamos a lo principal. ¿Qué le digo yo a Rafael?

Merce. ¿De qué?

Pepe. De... de las condiciones alimenticias de la portadora.

Merce. Tú sabrás. Como desgraciadamente no hemos tenido hijos nunca..., claro, no hemos lidiado con amas, y yo..., la verdad...

Pepe. Bueno, pero tú... por inclinación natural debes entender algo más que yo..., yo puedo juzgar por el aspecto..., riqueza de curvas...; si el interior corresponde al exterior...; ahora que yo no debo ser el encargado de comprobarlo..., me parece a mí.

Merce. Lo mejor es que le contestes que te parece muy bien y que te vayas a acostar.

Pepe. Pero, mujer, sin un ligero examen..., sin algún antecedente..., ya que ha tenido la atención de enviárnosla... hay que cubrir la forma..., ahora verás. (A Exaltación.) ¿De modo que tú te sientes con fuerzas para criar un chico?

Exalta. ¡Vaya! Y dos.

Pepe. ¿Eres de la Montaña o gallega?

Exalta. Soy castellana.

Pepe. ¿Vieja o nueva?

Exalta. (Con rubor.) Eso... a la vista salta.

Pepe. No es eso..., ¿de qué punto eres?

Exalta. De la provincia de Cuenca.

Pepe. Entonces eres nueva.

Exalta. Casi casi sí, señor.

Pepe. Nada, que no lo entiende. ¿Cómo te llamas?

Exalta. María de la Exaltación de Nuestra Divina Señora Gutiérrez de Calamocha y Fernández de Espiguilla, *pá* servir a Dios y a los señores.

Pepe. ¿Tú no te habrás hecho nunca tarjetas, verdad?

Exalta. No, señor.

Pepe. Claro, porque una tarjeta tuya y una serpentina allá se irían. ¿Y cuánto... cuánto quieres ganar?

Exalta. Ocho duros al mes, dos trajes al año, tres comidas al día, un tenteempié por la mañana y otro tenteempié a las once de la noche.

Pepe. Hombre, a esas horas, un tente boca arriba.

Exalta. Es que *usté* no sabe lo que tira un crío.

Pepe. Eso ya varía: si tira mucho, comprendo esos tentes.

Merce. Por lo visto, ¿ya has criado a otros?

Exalta. Sí, señora, a tres.

Pepe. ¡Hola! ¿Y qué? ¿Cómo los has criado? ¿Robustos? ¿Fuertes?...

Exalta. Lo que se dice rollos de manteca. Ahora, que el primero se me murió a los dos meses y veintiocho días. (Medio sollozando.) ¡Pobrecico mío! ¡Cuando ya le iba tomando ley!...

Pepe. ¡Caramba! ¿Y de qué murió?

Exalta. Del pecho, según dijo el doctor. De una bronquitis.

Pepe. Bueno; pero de esa desgracia te consolarías con el segundo...

Exalta. Es que el segundo se me murió al mes y medio, también del pecho.

Pepe. ¡Refosfatina!... ¡Pues sí que es un antecedente!

Exalta. (Sollozando.) Y el tercero también se me murió, a los veinticinco días, de un ahogo cardíaco.

Pepe. ¡Recolapso!... ¿También del pecho?... ¿Pero esto es un ama, o Herodes con espetera?

Exalta. (Sollozando.) ¡No saben los señores lo que he sufrido en los cuatro meses y días que me han *durao* los tres hijos míos. Así es que tengo unas ganas de coger un angelito que me dure!...

Pepe. (Aparte, a Mercedes.) Como no sea de los que tiene la Cibeles... Lo que es a Pepín no le mata esta.

Merce. ¿Qué le vas a decir a tu amigo?

Pepe. La verdad. ¿Crees tú que puedo engañarle? Fíjate. (Toma la pluma de un recado de escribir que habrá sobre un velador, y escribe lo siguiente, que irá leyendo para que se entere Mercedes; pero no Exaltación.) «Querido Rafael: Aunque te gastes un poco más en tapicero, sigue con la cabra. La dadora no te conviene por causas que ya te explicaré. Lo que tardase en darle el pecho es lo que tardaba Pepín en morir del ídem. El ama de cría en cuestión es una sucursal de la Sección de párvulos de Nuestra Señora de la Almudena. Tuyo, *Pepe.*» (Mete la carta en un sobre y pone la dirección.) ¡Ajajá! Pues nada, dale a don Rafael estas cuatro letras y ya decidirá él.

Exalta. ¿*Usté* cree que me quedaré en la casa?

Pepe. Hombre..., yo creo que sí.

Exalta. Lo digo porque si no me quedo voy a tener un disgusto con Teótimo.

Pepe. ¿Y quién es Teótimo?

Exalta. El padre de mi chico, del mío de verdad.

Pepe. Que también moriría...

Exalta. Sí, señor, a los dos meses y seis días.

Pepe. (A Mercedes.) ¡Pero es que ninguno llega al trimestre!

Exalta. ¿De modo que dice usted?...

Pepe. No, yo no digo nada. Allí te lo dirán. (Llamando al foro.) ¡Librada!... ¡Librada!...

Libra. (Saliendo.) ¿Llaman los señores?

Merce. Sí. Acompaña al ama.

Exalta. Pues los señores queden con Dios, y ya saben los señores: si alguna vez me necesitan, con avisar...

Pepe. (Aparte.) Sí..., a la funeraria. (Alto.) ¡Vaya con Dios! (Vanse Exaltación y Librada por el foro.)

ESCENA VI

DICHOS; después, por el foro, OROSIA.

Pepe. (A Mercedes.) ¿Qué te parece? Si no llego a interrogarla, el pobre ahijadito nuestro... Estamos a 28 de abril, ¿verdad? Bueno, pues no llega al Corpus.

Merce. Cuando veo esto me consuelo un poco de que no tengamos hijos. Un ama en una casa debe ser terrible.

Pepe. Y menos mal si es ama. Pero fíjate en ésta, que es una guadaña infantil.

Oro. (Desde dentro, con voz quejumbrosa y llorosa.) ¡Ay, Pepe!... ¡Mi querido Pepe!...

Pepe. ¿Eh?... ¿Quién llama?...

Merce Parece la voz de Orosia..., la mujer de Baltasar.

Pepe. ¿A que no puedo dormir un poco?

(Entra Orosia por el foro. Es una jamona algo ridícula en sus maneras y en el vestir.)

Oro. ¡Pepe de mi alma! (Le abraza.) ¡Mercedes de mi vida! (La abraza.) Con vuestro permiso. (Toma de una mesa un retrato grande de Baltasar, que habrá sobre ella, y con un alfiler le pincha los ojos.)

Pepe. (A Mercedes.) ¡Atiza!... Le pincha los ojos, al retrato que me dedicó su esposo...

Oro. ¡Toma, granuja!... ¡Mal marido!... ¡Canalla!... (Acaba por romper el retrato y pisotearlo.)

Merce. Pero ¿qué haces?...

Oro. ¡Justicia!... Y esto..., esto que hago con ese *promenoir* al platino, lo haré contigo dentro de poco. ¿Me oyes, miserable? Te escupiré, te pisaré. Y mira. (Saca del bolso unas tijeras de buen tamaño.) Para clavártelas en el tórax... ¡Falso, traidor!...

Pepe. Pero ¿te has vuelto loca?

Oro. ¡Ay, Pepe! ¡Mi querido Pepe!... ¡Tú no sabes lo que me pasa! ¡La torre de oro de mi felicidad se ha venido abajo, el castillo de mis ilusiones está en el pavimento, el palacio de mi dicha no es más que escombros! Total...

Pepe. Un derribo.

Oro. Dices bien, un derribo. Aquí dentro (Mostrando su pecho.) no queda más que el solar... ¡Y para rato!... Antes que volver a edificar crecerá el jaramago, la ortiga...

Merce Pero explícate mejor...

Oro. ¿No lo comprendéis? ¿El auto de fe que he hecho con la imagen de mi esposo no os documenta lo bastante?

Pepe. ¡Ah!, vamos..., lo de siempre .., celos.

Oro. Lo de siempre no, Pepe. Esta vez es la realidad. Escuchadme, y no os extrañe que al hacer la relación de los sucesos *sollocee* sin poderlo remediar. Si se le pusieran al dolor barreras...

Pepe. Bueno; salta todo eso, y al grano.

Oro. Dices bien, al grano, o para hablar con más propiedad, al forúnculo, porque es un divieso; y si no, juzgad. Hace cosa de dos meses vengo observando que Baltasar se cuida más de lo que él acostumbraba de su *toilette* particular, tanto en lo que concierne al vestido como en la parte que afecta al aseo personal. Dos o tres rizados diarios de bigote; un tarro cada semana de *Crema Misterio* para el rostro; masaje vibratorio en el abdomen, que, como sabéis, empieza a insinuársele con ciertos caracteres curvos; esencias carísimas para el pañuelo, y un día sí y otro no pulimento de las uñas y fricciones de piedra pómez para el vello, que le cubre desde el carpo a las segundas falanges. ¿Qué significaba esto? El león cuando prepara las uñas es porque olfatea la presa. Baltasar o me engañaba o estaba próximo a engañarme.

Merce. El que un hombre sea curioso no es un motivo...

Oro. Pues a mí el coquetismo masculino me escama mucho. Para convencerme de su infidelidad puse en práctica un ardid. Mi amiga Felisa, la del entresuelo, le escribía cartas, que yo la dictaba y que él recibía por el correo interior. En ellas simulábamos que una mujer apasionada le ofrecía su corazón, y ya os podéis figurar el texto; sobre poco más o menos... una cosa así (Escribiendo en el aire.): «Baltasar: Mis ojos están deseando comerte; quisiera beberme tu aliento; y para la citada comida y bebida te espero en el restaurant Tal, etc., etc.» Bueno, pues todo inútil. Baltasar recibía las cartas, las rasgaba sin decirme palabra, yo vigilaba cerca del restaurant indicado, y él no aparecía.

Pepe. ¿Lo ves?

Oro. ¡Ah!... pero ayer, y aquí entra lo grave, le escribimos una, que grabada la tengo en la memoria. Decía así. «Baltasar: hay en la Metrópoli española un corazón que llora y muere. Todo el anhelo de la citada víscera consiste en latir junto al tuyo, siquiera sea breves momentos. ¿Serás tan cruel que te niegues? Baltasar, tienes nombre de Rey Mago, y si no eres Mago, por lo menos hechicero sí que eres. Adiós. Contéstame a la Lista de Correos, Contrato de inquilinato de clase segunda, número 11.911. Tuya»... y dibujamos un corazón y dos lágrimas. Pues bien, esta mañana me presento en la Lista de Correos y leo (Le da una carta), lee y convéncete de lo enorme de mi desventura.

Pepe. (Leyendo.) «Señora: seáis quien seáis, basta que sufráis, para que hagáis de mí lo que queráis». (Hablado.) ¡Caráys!, digo Caray..., esto es grave. (Sigue leyendo.) «Hoy, a la una, os espero en *Los Gabrieles*, Restaurant bien conocido, en uno de cuyos cuartitos podrán nuestras vísceras vitales ponerse a compás como deseáis. Baltasar». Y debajo, muy mal dibujadas, dos palomas dándose el pico. ¿Pues sabes que la aventura es picante?...

Oro. Bueno. Yo voy a *Los Gabrieles*, pero esta noche publica nuestras cabezas el *Heraldo*; es decir, publica una, porque la suya, lo mismo da que la publique o que pinte un racimo de plátanos... porque no se lo va a ver más que el algodón.

Merce. ¡Por Dios, Orosia, mira lo que haces, mujer!

Oro. Lo tengo meditado. Un arma de fuego produce escándalo... a veces falla... un cuchillo me daría aspecto de asesino..., esto (por las tijeras), esto en cambio es un símbolo..., me da cierto carácter de mujer laboriosa..., le mato y he cortado una existencia, pero la he cortado con tijeras.

Pepe. ¿Sabes lo que te digo? Que tú no sales de aquí, y que el que va a *Los Gabrieles* soy yo.

Oro. No, por Dios, Pepe. No intentes bloquearme, porque es inútil. Candados que me pusieras, cerrojos que me echaras, pestillos que me corrieras... ¡todo baldío!... estoy resuelta a ir y voy. He venido a hablar contigo, porque, dada nuestra amistad, ¿cómo lesiono yo a mi marido sin que tú lo sepas antes? La cortesía ante todo, pero nada más. Mi decisión es irrevocable. Adiós, querido Pepe. Adiós, excelente Mercedes. Que gocéis hasta la más avanzada vejez

de vuestra felicidad marital... y no dejéis de leer la prensa de la noche.

Merce. ¡Pero mujer, reflexiona!...

Oro. Inútil. La catástrofe Europea, pierde esta tarde todo su interés. Y mañana, en todas las casas, la comidilla se reducirá a *Los Gabrieles*. (Vase por el foro.)

ESCENA VII

DICHOS, menos OROSIA.

Pepe. Esa le da un disgusto enorme a Baltasar, ya lo verás.

Merce. Lo que sentiré es que repercuta aquí.

Pepe. ¿Aquí? ¿Por qué?

Merce. ¿Por qué? Porque ¿cómo van a tener ellos un disgusto sin que tú participes? Eso no sería propio de amigos.

Pepe. Vaya, no empieces ya con ironías, y hasta luego, que voy a echarme un rato.

Merce. ¿Saldremos después de comer?

Pepe. ¿Qué se yo? Ya lo decidiremos.

Merce. ¿Te cierro las maderas del balcón?

Pepe. No es preciso; cerrando la puerta de la alcoba, apenas entra claridad.

Merce. Pues hasta luego.

Pepe. Adiós. (Vase Mercedes por segunda izquierda.)
(Pepe entra bostezando por primera izquierda. Pausa.)

ESCENA VIII

LIBRADA y RAFAEL por el foro. Despés, PEPE.

Libra. Perdone usted señorito, pero me parece que ha vuelto a acostarse.

Rafa. Pues como si no. ¿De manera que para Baltasar ha podido levantarse, y para mí, disculpas? ¡Como si no fuese yo el único, el verdadero amigo que tiene en el mundo! (Alzando cada vez más la voz.) ¡Pues hombre..., estaría bueno!... ¡Compararme a mí con ese idiota de Baltasar!

Libra. Pero comprenda usted..

Rafa. (Más alto.) ¡No comprendo nada! ¡Llámele usted inmediatamente! Dígale usted que estoy aquí yo... ¡yo!...

Pepe. (Sale poniéndose el batín.) ¿Pero qué voces son?... ¡Rafael!...

Rafa. (Abrazándole.) ¡Mi querido Pepe!

Libra. El señorito se empeñaba en que despertase al señor, y como...

Pepe. Bueno, bueno, basta. Vete a tus quehaceres. (Librada vase por el foro.)

Rafa. Chico, perdona, pero quería adelantarme a mi mujer y a mi hija, que van a venir con el novio, porque parece ser que la cosa va en serio; se habla de petición de mano... y lo que ha dicho Carolina; antes de llegar a ese extremo, es preciso que Pepe conozca al muchacho y nos de su opinión.

Pepe. A propósito de opinión. El ama que me mandaste...

Rafa. No me hables. Leer tu carta y plantarla en la calle, todo fué uno. Por cierto, que lo del Cementerio de la Almudena le sentó como un tiro.

Pepe. Ah, ¿pero le dijiste?...

Rafa. No le dije nada, pero leímos tu carta en alta voz y ya puedes suponer... se fué gruñendo no se qué de su Teótimo... de que si te iba a pegar un tiro... que si te patearía la cabeza... total, ¡tonterías!

Pepe. (Alarmado.) ¡Caray..., no tan tonterías!...

Rafa. Eso es el derecho del pataleo.

Pepe. Sí, pero del pataleo en la cabeza... y la verdad... yo te aconsejé confidencialmente que no la tomaras, porque como todos los chicos se la desgraciaban tan deprisa...

Rafa. ¿Pero es que te vas a sincerar? Tú lo has hecho, y bien hecho está. O somos, o no somos.

Pepe. Precisamente.

Rafa. Bueno, a lo que venía, ya te he dicho que...

Pepe. Sí, que te has adelantado a tu mujer y a tu hija que vienen con el novio, y deseas que yo...

Rafa. No es eso todo. (Solemne.) Vengo, querido Pepe, porque a tu lado encuentro un bálsamo a mis dolores. (Solloza.) Cuando se murió mi hermano... ya lo recordarás...

Pepe. Sí, sí; ¡pobrecillo!

Rafa. Lo sentí... le lloré... ¡figúrate!... ¡era mi hermano! pero me dije, «me queda Pepe».

Pepe. Hombre, muchas gracias.

Rafa. Y aquél dolor familiar, lo mitigó el consuelo de la amistad. Bueno, pues aquí me tienes otra vez víctima de la Parca.

Pepe. ¡Caramba, pues yo no tenía noticia de que en tu casa hubiese nadie malo!

Rafa. No, si no ha sido en casa. ¿Tú te acuerdas de mi cuñado Rigoberto?

Pepe. ¿Rigoberto? No caigo...

Rafa. Sí, hombre, sí; por lo menos, te he hablado de él. Uno que no quería vivir más que la mitad del tiempo que tenía que estar muerto.

Pepe. Ese es un detalle en el que coincidimos casi todos.

Rafa. Era un filósofo. Bueno, pues en el Este le tienes a tu disposición desde ayer por la mañana. (Solloza.)

Pepe. ¡Diablo! Pero tú no me habías dicho...

Rafa. Porque ha sido un escopetazo. Figúrate..., un cólico miserere. Por la tarde, rebosante de salud. ¡Como que estuvo con su mujer y la chica en la novena de las Calatravas! Y no hizo más que salir de la novena, y el miserere.

Pepe. Vaya, hombre; pues te acompaño en el sentimiento.

Rafa. Te juro que tengo una pena que me ahoga; porque había que ver a Rigoberto. ¡Qué caballero!... ¡Qué decente!...

Pepe. ¿Y qué le vas a hacer? ¡Esa es la vida!

Rafa. Ah, ¿y lo dices así..., como si te molestara que te hable de ello?

Pepe. No, hombre; molestarme nunca.

Rafa. No, ¡si ya lo sé yo!... ¡Que le hubiese ocurrido a Baltasar esta desgracia, y estarías que pondrías el gemido en el cielo!... ¡Pero como ha sido a mí!...

Pepe. ¡Pero, hombre, si yo no he conocido al Rigoberto ese!...

Rafa. ¡Pero me conoces a mí, y ves que se me llenan los ojos de agua, y tú, ni una lágrima!...

Pepe. (Aparte.) ¡Nada, que voy a tener que llorar, o quedo como un mal amigo!

Rafa. ¡Esa es la pena que te da mi pena!

Pepe. (Haciendo esfuerzos por llorar.) Te juro... que... ¡pobre Rigoberto!... ¡En la mitad de su vida!... Porque ¿qué edad tendría?

Rafa. Ochenta y cuatro años.

Pepe. Justo... De la edad media... Lo que yo decía... (Simulando sollozar.) ¡Tan caballero!... ¡Tan chiri..., tan chirigotero!...

Rafa. (Enternecido.) ¡Gracias, Pepe!... ¡Eres un amigo!...

Pepe. No hago más que corresponderte.

Rafa. ¡Lo que es en eso estoy muy por encima de Baltasar!

Pepe. También Baltasar es un amigo.

Rafa. Pero ¿como yo?... Eso te crees tú. No quisiera más que te sucediese una desgracia, ¡pero grande!... Una parálisis... Que te cogiera un tranvía con el salvavidas... ¡Entonces, entonces verías quién era más amigo de los dos.

Pepe. ¿Y no podrías probármelo con algún motivo más agradable?

Rafa. Claro que sí... Y á propósito (Escuchando en el foro.), ahí me parece que siento a mi mujer y a mi hija... Vendrán con el novio a eso que te he dicho... Hazme el favor..., si quieres.

Pepe. Hombre, sí; ¿por qué no he de querer? Con mucho gusto.

ESCENA IX

DICHOS. CATALINA, RESURRECCIÓN y ANGELITO por el foro.

Catal. (Desde el foro, y como si hablase con la criada.) No, nos anuncies; ¿para qué? (Entrando.) Buenos días. (Á Rafael.) ¿Te has adelantado a nosotros?

Rafa. Sí; una consulta que quería hacerle a Pepe.

Catal. (Presentando.) Angelito Palomo, novio de Resurre..., nuestro íntimo Pepe Pita.

Ang. (Habla muy afectadamente, con algún defecto de pronunciación.) Caballero..., siento una interior satisfacción al estrechar su mano. (Se estrechan la manos.)

Pepe. La satisfacción es mía. Pero siéntense ustedes.

Rafa. (Aparte a Pepe.) ¿Qué te parece?

Pepe. (Aparte a Rafael.) Hombre, todavía... ¡apenas acaba de entrar!...

Rafa. Pero el primer golpe de vista... (Angelito, al sentarse, se escurre y cae sentado al suelo. Las señoras acuden y le levantan.)

Pepe. (A Rafael.) El primer golpe no está mal. (Pausa. Todos se sientan. Pepe, dirigiéndose á Angelito.) ¿De modo, apreciable jovenzuelo, que, según mis noticias, está usted dispuesto a llevar al tálamo a Resurrección?

Ang. Sí, señor; amo a Resurre; Resurre me ama; soy solo en el mundo, y ya lo dijo el versificador:

«Sin el amor que encanta,
la soledad del ermitaño espanta.»

Catal. Bueno, pero supongo que usted no se casará por miedo a la soledad.

Ang. ¡Ay qué gracia! La soledad, en el caso del pareado, es una figura retórica, que quiere significar que sin el amor, una persona, por muy acompañada que esté, está sola.

Resur. Es un tropo.

Ang. Eso, un tropo.

Pepe. ¿Por lo visto usted es aficionado a la literatura?

Ang. No lo crea *usté*. Al contrario, ¡soy de lo más

prosaico! Pero como eso de soltar una cita en verso de vez en cuando, hace bien... pues *velay.*

Pepe. Sí, comprendido.

Resur. Angelito es tenedor de libros.

Pepe. ¡Hola!

Ang. Pero como soy joven, he pensado que siendo tenedor nada más, es como si no fuese casi nada, y voy a estudiar para aviador. ¿A usted qué le parece?

Pepe. ¡Magnífico!... Aviador... Una carrera que está por encima de todas.

Ang. Yo, ¿sabe usted?, he oído decir que aquí el que no corre, vuela, y me he dicho: ¡pues a volar, Angel!

Catal. A nosotros no nos parece bien eso de remontarse.

Pepe. Si el muchacho tiene condiciones, ¿por qué no?

Ang. ¡Anda, que si tengo condiciones para subir!... ¡Como que estoy predestinado! Figúrese usted que yo nací en un ascensor; que por parte de mi padre, soy Palomo; por mi mamá, Avecilla, y añada usted que siempre fuí algo veleta...

Pepe. Verdaderamente; su porvenir de usted está en las alturas. (Aparte a Rafael.) Chico, a mí me da en la nariz que este pollo es tonto.

Resur. (A Pepe.) ¿De manera que usted cree que como aviador ganará más que como tenedor?

Pepe. Según, señorita, según. Claro que un buen aviador gana mucho, pero también está expuesto a no ganar nada. En cambio, con un tenedor se tiene más segura la comida.

Catal ¿Lo oye usted, amigo Palomo? Déjese usted de volar, y a lo seguro. De lo contrario, despídase usted de la chica.

Pepe. No seas así, Catalina. Todo esto no son más que planes que hacen los muchachos. Tú déjale que planee, y luego, Dios dirá. Del dicho al hecho...

Ang. *Usté* es un filósofo, amigo Pita.

Pepe. ¡Pchs!... La filosofía que me dan los años. (Aparte a Rafael.) Chico, tú harás lo que quieras, pero mi opinión es negativa.

Rafa. Ah, pues esta misma tarde le planto en la calle.

Pepe. ¡Hombre; así, tan de pronto!... Antes debéis preparar a la chica...

Rafa. ¿Prepararla? ¿Para qué?... ¡Si tiene otro!...

Pepe. ¡¡Otro!!

Rafa. Uno de los hijos del boticario de enfrente..., el mayor..., anda rondándola, y por las noches hablan desde el balcón. No parece mala persona, ya te le traeremos, y lo que tú digas para nosotros sin apelación.

Pepe. (Aparte.) ¡Nada, que me han tomado por el Supremo!

Catal. ¿Y Mercedes?

Pepe. En su cuarto de costura estará seguramente. ¿Pero por qué no pasan ustedes? Mi mujer tendrá mucho gusto en conocer aquí al amigo Vencejo.

Ang. Palomo.

Pepe. Ah, sí, es verdad; me había confundido de ave.

Catal. (A Rafael, aparte.) ¿Qué le ha parecido?

Rafa. Muy mal. Su opinión es que no nos conviene.

Catal. Pues esta misma tarde...

Rafa. De eso me encargo yo. (Alto.) ¿Tú, no vienes?

Pepe. No; yo..., la verdad..., voy a ver si descanso un poco..., me acosté ya de madrugada y...

Resur. (Aparte a Catalina.) ¿Qué ha dicho Pepe?

Catal. (A parte a Resurrección.) Desahuciado. Esta misma tarde tienes que contestarle al primogénito del farmacólogo. Ese creo yo que le gustará.

Rafa. (A su mujer.) Anda, tú delante, que conoces mejor todos los rincones de la casa.

Ang. (Tendiendo la mano a Pepe.) Pues he tenido un vivo placer...

Pepe. (Estrechándosela.) El vivo soy yo..., digo, es el mío.. Ha tomado usted posesión de su casa.

Ang. Carrera de San Jerónimo, 36, principal derecha, interior, tiene usted un modesto zaquizamí.

Pepe. Agradeciendo, pollo.

Ang. Palomo.

Pepe. No, si el pollo este no es como volátil, sino como adolescente.

Ang. ¡Ah!

Rafa. Vamos. (Todos, menos Pepe, hacen mutis por segunda izquierda.)

ESCENA X

PEPE. Después, por el foro, OROSIA y BALTASAR.

Pepe. Bueno, a ver si es ocasión de que yo descanse aunque no sea más que un par de horitas, porque hay que ver... (Se escuchan en el foro las voces de Baltasar y Orosia que riñen) ¿Eh?... ¿Qué es eso?... (Escucha.) ¡María Santísima!... ¡El conflicto gabrielesco que se me viene encima!... ¡Nada, que no descanso!...

Oro. (Entrando.) Aquí me tienes ya, querido Pepe.

Balta. Ya me tienes aquí, Pepe del alma.

Pepe. (Disimulando a duras penas que empieza a sentirse ya molesto por lo que ocurre.) ¡Pues no sabéis lo que me alegro! ¿De modo que ya os tengo aquí otra vez?

Oro. Sí, Pepe, sí; y a mí, para rato.

Pepe. (Asustado.) ¿Cómo para rato?

Oro. Yo ya no salgo de esta casa hasta que se termine el pleito de divorcio que pienso presentar contra ese canalla. Pediré mi depósito aquí.

Pepe. (Aparte.) ¡Arrea!

Balta. El que pide el divorcio soy yo. (A Pepe.) ¿Te parece bien que mi mujer, mi propia mujer, se entretenga en escribirme cartas falsas para ponerme en ensayo? ¡No se lo perdonaré jamás!

Oro. Lo que usted no me perdona es el chasco. ¡Hay que ver cómo salió usted esta mañana de casa! Qué de cuello limpio, qué de pantalón planchado, qué de colonia Ideal en el pañuelo..., en fin, ¡hasta camiseta calada!... ¿Comprendes, Pepe?... Para casa de lana obscura y cerrada; para extramuros de seda color tango y manga corta!... ¿Cabe mayor refinamiento?

Balta. En cambio usted, que en su vida ha cogido las tijeras para los usos a que están destinadas, las ha cogido hoy para asesinarme a estilo de esquilador.

Oro. Y agradezca usted la rapidez con que el camarero me las arrebató, porque si no a estas horas estaría usted en un dispensario y yo en cualquier mazmorra.

Balta. (Indignado.) ¿Pero tú oyes esto, Pepe?

Pepe. (Colocándose en medio de los dos.) ¡Vamos, calma, calma!

Balta. ¿Cómo calma?... ¡Calma con una mujer que me prepara una emboscada, que me quiso herir a traición!... ¡Quítate de en medio! (Le coge de las solapas y de un empellón le aparta, haciéndole caer sobre una silla. Encarándose con Orosia.) Señora, hasta hoy he sufrido sus ridículos celos de gata porque se contentaba usted con mayar, pero se ha permitido usted sacar las uñas y eso... eso no se lo tolero.

Oro. ¿Pero tú oyes, Pepe?

Pepe. (Colocándose otra vez entre ambos.) ¡Por Dios, calma..., os lo ruego por lo mucho que me queréis!

Oro. ¡Calma con un hombre que acaba de compararme con un felino, y que me está haciendo tragar cordilla desde hace dos meses! ¡Quita, hombre, quita! (Le coge de las solapas y de otro empellón le tira sobre otra silla. A Baltasar.) Caballero,

ignoro si conoce usted algo de Geografía asiática, pero entre usted y yo acaban de levantarse las murallas de la China.

Balta. Señora, ignoro si conocerá usted algo de Historia de España, pero no olvide que no hay nada más ridículo que una Doña Juana la Loca con reuma articular y media dentadura postiza.

Oro. (Ya en el colmo de la indignación.) ¡Bandido..., deslenguado!... ¿Oyes esto, Pepe?...

Pepe. No, yo, no oigo nada.

Oro. ¡Sacarme a relucir hasta las pequeñas faltas!... ¡Sacárme el reuma!..., ¡sacárme las muelas!... ¡Miserable!... (Le tira los objetos que hay sobre el velador.)

Balta. ¿Pero tú ves esto, Pepe?

Pepe. ¡No, yo, no veo nada!...

ESCENA XI

DICHOS. Por la segunda izquierda MERCEDES, CATALINA, RESURRECCIÓN, RAFAEL y ANGELITO.

Merce. ¿Pero qué escándalo es este?

Catal. ¿Qué pasa?

Rafa. ¿Qué ocurre?

Pepe. No, nada...; aquí, Baltasar y Orosia, que...

Merce. ¿Reñían ustedes?

Rafa. ¿Cómo que si reñían? ¡Menuda trapatiesta!

Balta. (A Rafael, encarándose con él.) Caballero, si trapatiestamos o no trapatiestamos a usted le debe importar muy poco. Cuando lo hacemos será porque tenemos confianza para ello con los dueños de la casa.

Catal. (Encarándose con Baltasar.) No creo que tengan ustedes más confianza que nosotros, y ya nos guardaríamos de abusar de esa manera. ¡Bendito Dios!... ¡Y a esta gente les llaman amigos!

Oro. ¡Pero amigos intimísimos! Veinticinco anualidades de tuteo me parece que es una amistad.

Rafa. (A Pepe.) Por supuesto que la culpa la tienes tú por aguantarlos.

Balta. (A Rafael.) Oiga, usted, ¿qué es eso de aguantarnos?

Pepe. (Queriendo mediar.) ¡Vamos, por Dios, señores, que no es para tanto!

Rafa. ¿Cómo que no es para tanto? Ahora verás. (Le coge de las solapas y le da un empellón en igual forma que lo hicieron Orosia y Baltasar. A Baltasar.) Como mi educación me prohibe imitarle a usted y sé

respetar la casa de un amigo, esas palabras me las va usted a decir en la calle.

Balta. ¡Claro que se las digo! ¡Con luz y taquígrafos!

Rafa. Pues para luego es tarde. (Se dirige hacia el foro, seguido de Baltasar.)

Pepe. (Queriendo contenerlos.) ¡Pero por la Virgen Santa!... ¡Rafael!... ¡Baltasar!... (Rafael y Baltasar vanse por el foro, después de empujar de nuevo a Pepe para deshacerse de él.)

Catal. (Encarándose con Pepe.) ¡Calla, calla!... ¡Si tú tienes la culpa...! ¡Por tus debilidades va mi marido a comprometerse!

Pepe. ¡Pero mujer, comprende que yo!...

Catal. (Empujándole.) ¡Quítate de ahí!... (A los demás.) Esperarme aquí. (Vase por el foro.)

Merce. (A Pepe y Angelito.) ¡Pero ustedes que son hombres, bajen ustedes a evitar que suceda una desgracia..., a meterse por medio!

Ang. No se apuren ustedes, que yo voy...

Pepe. Gracias, Palomino.

Ang. ... a asomarme al balcón para llamar a los guardias. (Abre el balcón y se asoma.)

Oro. Quien va soy yo. Ante el peligro deben borrarse todas las diferencias. Ahora ya no hay más que una esposa que siente, y un esposo que puede que lo sienta. (Vase corriendo por el foro. En la calle se escuchan gritos de ¡Guardias!... ¡Socorro!... ¡Que se matan!...)

Pepe. ¡María Santísima!...

Merce. ¿Qué pasa?

Ang. (Desde el balcón.) ¡Que se han agarrao como dos greco-romanos! (A Resurrección.) ¡Tu padre está encima!

Resur. ¡Dios mío, que no se lastimen!

Pepe. (Ya harto de todo lo que pasa, y cayendo abrumado sobre una silla.) ¡Dios mío, que no queden ni los rabos!

(Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

La escena representa el patio de una casa de pueblo. En el foro izquierda, dando frente al público, o mejor en sentido un poco diagonal, yendo desde el centro del foro hasta el segundo término de la izquierda, una tapia de unos dos metros y medio de altura, que se supone da a un corral contiguo. En esta tapia habrá desigualdades que permitan trepar fácilmente a su parte superior. A la izquierda del foro, puerta de entrada con verja que pueda cerrarse, estando abierta al empezar la acción. Fachada de casa baja a la izquierda, con dos puertas en primero y segundo término. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CURRILLO, montado a caballo en la parte alta de la tapia indicada. LIBRADA entra por la verja del foro.

Curri. (Llamándola.) ¡Pchs!... ¡Oye, princesa!

Libra. (Reparando en Currillo.) Ya se me hacía a mí mucho no haberte *encontrao* en el camino, y no sé cómo te voy a decir que yo no me peino para gañanes.

Curri. Ya sé que a *toas* os pasa lo mismo; en cuanto *sus* váis a Madrid, la que menos, si sale *aficioná* a la tropa, *quié* un general, y si le da por los señoritos, un marqués.

Libra. Pues estás muy *equivocao*; yo no quiero nada de eso.

Curri. ¿Pues qué es lo que quieres?

Libra. Que te vayas; que si sale mi señorita y te ve...

Curri. Tu señorita no me *pué* decir *ná*, porque este corral (indicando el que se supone haber al otro lado de la tapia), aunque linda con su casa, no es suyo.

Libra. ¿Pero qué haces ahí?

Curri. He *venío* a traer unas *brazás* de verde, porque

vamos a encerrar aquí el buey bravo *pa* la capea de mañana.

Libra. ¿Pero hay capea mañana?

Curri. ¡Anda! Y poco que nos vamos a divertir los del pueblo. Es un buey *mu* bravo, y lleva en el testuz una bolsa con cinco pesetas en cuartos, y el que se la quita, pues *pa* él es.

Libra. ¿Pero y si le coge?

Curri. ¡Toma, por seguro! Coger, cogerá a unos cincuenta *u* sesenta; pero no hay miedo, porque está *embolao*. ¡Oye, Librada!

Libra. ¿Qué?

Curri. Que mañana es domingo.

Libra. ¿Y qué?

Curri. Que ya sabes que hay baile en la plaza. ¿Bailarás conmigo?

Libra. Me duelen los pies.

Curri. Yo te llevaré en vilo.

Libra. ¡Que te vayas!

Curri. Pues prométeme que bailarás conmigo.

Libra. Currillo, vete; que he ido a avisar al hermano de la señorita con mucha urgencia, y me ha dicho que venía detrás de mí.

Curri. ¿Pero es que se ha puesto alguien malo en la casa *pa* que llaméis al médico?

Libra. (Impaciente.) Sí.

Curri. ¿Quién?

Libra. Yo, de escucharte. ¿Te vas?

Curri. Pues dime que bailarás conmigo.

Libra. Bailaré; pero vete.

Curri. ¿Ves? Con eso que *mas* dicho ya me largo. Hasta luego, clavel reventón. (Se descuelga por el otro lado de la tapia y desaparece.)

Libra. ¡Qué hombre más reventante! No me casaba con él por todos los dineros del mundo.

ESCENA SEGUNDA

DICHA. Por el foro, PACO: por la primera izquierda del actor, MERCEDES

Merce. (Saliendo.) ¿Qué? ¿Viste a mi hermano?

Libra. Sí, señorita; y me dijo que iba a hacer una visita y que en seguida estaba aquí. (Mirando al foro.) Mírele usted.

Merce. Bueno, vete. (Librada hace mutis por segunda izquierda. Entra Paco. Es un hombre relativamente joven. Su indumentaria es propia de un médico de pueblo.)

Paco. Vamos a ver. ¿Quién es el que se está muriendo?

Merce. No lo tomes á broma, Paco; si no hoy precisamente, quizá dentro de muy poco, tu cuñado Pepe muera de una congestión cerebral ó de un estallido.

Paco. ¿Pero qué pasa?

Merce. ¡Lo inconcebible! Ya conoces los motivos que nos impulsaron a pasar el verano en este pueblo.

Paco. Perfectamente. Baltasar y Rafael, los íntimos de tu esposo, se pusieron de tal modo inaguantables, que huyendo de ellos y ocultando a todo el mundo en Madrid adónde os dirigíais, en lugar de marchar a San Sebastián o Santander, os refugiásteis en esta apartada aldea. Pero, si no recuerdo mal, me dijiste que poco antes de vuestro viaje, se dieron de bofetadas.

Merce. Se dieron de bofetadas, pero después se dieron la mano y quedaron más amigos que nunca. Yo creí, en primer lugar, que no darían con el escondite, y en segundo, que aunque nos encontrasen, no se avendrían a meterse en un pueblo sin condiciones, sin comodidades, ¡pero, sí, sí!, ya lo has visto, ¡a los ocho días justos de estar aquí, disfrutando de una paz Octaviana, ¡cataplum! se presentan los amigotes.

Paco. ¿Y cómo indagaron?

Merce. Pues por *El Imparcial*. Pepe estaba suscrito. Ellos que lo sabían, se fueron a la Administración, preguntaron si nos lo enviaban, y como Pepe escribió ordenando que nos lo remitiesen...

Paco. ¡Es el colmo! Pero según tu marido, están desconocidos, por lo humildes y transigentes.

Merce. Estaban, o mejor dicho, estuvieron los dos primeros días. Pero anteayer empezaron los piques, los celos, y esta mañana, ¡no te quiero pintar el escándalo! Rafael quería degollar a Baltasar; Baltasar quiso tirar al pozo a Rafael. A todo esto, Pepe sujetando a uno y a otro y recibiendo empellones y hasta golpes; pero es lo que él dice, «encima les tengo que estar agradecido, porque como todo dimana del cariño que me tienen»...

Paco. Hay cariños que matan.

Merce. Y éste, si no ponemos algún remedio, es uno de ellos.

Paco. Bueno, ¿pero dónde está mi cuñado?

Merce. ¿Qué se yo? Salieron a la calle, él salió con ellos, creo que iban a buscar padrinos, a batirse...

Paco. ¡A batirse! ¡Qué barbaridad!...

ESCENA III

DICHOS. Por el foro entra PEPE, muy agitado y descompuesto. Se detiene un momento a la entrada, escucha y dice.

Pepe. Nada... todavía no hay nada... (Avanza al centro de la escena y le dice a Paco.) Celebro que estés aquí. Probablemente me tendrás que sangrar, o ponerme un sinapismo, o darme un veneno.

Paco. ¿Pero qué ocurre?

Merce. ¿En qué ha quedado, por fin, la cuestión?

Pepe. ¿Qué se yo? ¡Estoy loco!... ¡y todo por causas insignificantes!... Figúrate que esta mañana se me ocurre preguntar qué hora era, porque se me había parado el reloj. «Las diez menos cuarto», me dice Baltasar sacando el suyo. «Si quieres tener la hora exacta, ponlo en las diez menos nueve», replica Rafael enseñándome el suyo. Bueno; pues por si lo ponía menos quince, ó lo ponía menos nueve, se movió una trifulca, que estrellé el reloj contra el suelo y maldije hasta la hora en que se me ocurrió preguntar la hora. ¡Claro!, ellos que ya venían resentidos desde ayer por no sé que cosa, se pusieron como fieras y después de insultarse, vinieron a las manos, sin que yo pudiera evitar el choque. Rafael le atizó a Baltasar una bofetada, que le hizo romper con la cabeza la palangana del lavabo, y Baltasar contestó con tal patada en el abdomen de Rafael, que le sentó de golpe en el cubo. ¡Naturalmente!, lo mismo lo del cubo, que lo de la palangana, sólo se podía lavar con sangre. «Me darás una satisfacción en el terreno de los caballeros», gritaba Rafael. «Te daré la satisfacción y un tiro», rugía Baltasar... y nada, que decidieron batirse.

Paco. ¿Pero con qué? En el pueblo no hay medio de encontrar sables o espadas...

Pepe. Ni sables, ni espadas, ni pistolas, ni padrinos. No han encontrado nada absolutamente. Pero yo, convencido de la imposibilidad de evitar el encuentro, y decidido a que esto termine de una vez, les he dado una idea.

Paco. ¿Tú?

Merce. ¿Qué idea?

Pepe. ¡Pst!... callad... (Va al foro y escucha.) Creí que había sonado...

Paco. ¿Quieres explicarte?

Pepe. Les he convencido de que se batan a la americana.

Merce. ¿Y cómo es a la americana?

Pepe. Pues en mangas de camisa. Una escopeta cada uno y diez cartuchos por barba, que a falta de los de bala los llevan de perdigones. Baltasar entra por el lado allá del monte, Rafael por esta parte, se van ocultando tras los chaparros y las encinas, y en cuanto uno tiene el menor descuido y no se cubre bien, el otro aprovecha y... (se oye un tiro lejano.) ¡Ya está!... (Corre al foro.) ¡Un descuido!... ¿Quién habrá sido? ¿Baltasar o Rafael?... (Suena otro tiro.)

Paco. Pues, por lo visto, el primero no hizo blanco.

Merce. ¡Pero esto es repugnante!... ¡Hasta en eso han sido implacables!... podían haber ido lejos, y no aquí, casi a la entrada...

Pepe. Culpa mía. Se lo aconsejé yo, porque como es el vedado de casa de don Trinitario y sabes que pilla desde la salida del pueblo hasta cerca del río... además, como por este lado está más poblado de árboles, pues resulta... (Se oye otro tiro.) resulta que deben tener muy mala puntería.

Paco. ¿A que gastan los diez cartuchos y no se tocan?

Pepe. ¿Qué se yo?... ellos iban dispuestos a que uno de ellos quedase en el campo..., mejor dicho, en el monte... (A Paco.) Oye, tú, ¿de una perdigonada puede morir una persona, verdad?

Paco. (Riendo.) Y dos... Ahora, lo que hace falta saber es cómo la recibe y dónde la recibe.

Pepe. En la cabeza, yo les dije que se tiraran a la cabeza, y a ser posible, a tenazón... a ver si ya descansábamos.

Paco. Pero es que no siempre se da donde se apunta. De todos modos, si se tiran a corta distancia, una perdigonada en la cabeza o en el pecho puede tener fatales consecuencias.

Merce. ¿Si se habrán dado?... no se oyen más tiros...

Pepe. Es verdad... ¿Quién habrá sido? ¿Baltasar o Rafael?..

ESCENA IV

DICHOS. CURRILLO desde el foro, muy agitado.

Curri. A la paz de Dios. ¿Está aquí don Francisco?

Paco. Aquí estoy. ¿Qué te ocurre?

Curri. De parte del señor Alcalde, que se venga *usté* conmigo a escape, que es una cosa *mu* grave.

Paco. ¿Muy grave? ¿Se trata de algún herido?

Curri. De ser eso, me *paece* que más de uno..., vamos, por lo que yo he *podío* colegir...

Pepe ¡Ellos!... Rafael y Baltasar que se han acribillado. No os quepa duda.

Paco. Bueno, pues vamos allá.

Pepe. Oye, ven en cuanto puedas a decirme lo que sea, o mándanos recado... yo no tengo valor para...

Paco. Descuida, hombre; vamos. (Vanse Paco y Currillo por el foro.)

ESCENA V

PEPE y MERCEDES

Merce. (Al ver la agitación de Pepe.) No te apures tanto, hombre. ¡Como si tú tuvieras la culpa de lo que ha sucedido!

Pepe ¿Qué quieres?... Me remuerde la conciencia... como yo les indiqué eso de la americana... realmente es un desafío cruel... y gracias a que aquí no hay rifles, porque lo castizo es con rifle.

Merce. Pues ya has oído a mi hermano; también con perdigones es peligroso.

Pepe. Sí; pero me queda la esperanza de que uno de los dos haya sentido miedo; y si ha vuelto la espalda..., ya la perdigonada... en ciertos tejidos... siempre resulta incómodo para tomar asiento; pero ahí me las den todas, que decía Fernando, *el Deseado.*

Merce. Lo que hace falta es que sin tragedia, porque a mí tampoco me gustaría, nos libremos de ellos definitivamente.

Pepe. En eso, ya casi me voy convenciendo de que llevas razón.

Merce. ¿Casi, nada más? Pero ¿tú has visto que esos dichosos amigos te traigan una alegría? En cambio, todos sus compromisos, todas sus tristezas, todas sus rencillas, a que las resuelva Pepe. En fin, acuérdate del compromiso en que te puso Baltasar cuando se empeñó en que te quedases con su mujer hasta que se resolviera la demanda de divorcio que pensaba entablar.

Pepe. Es verdad. ¿Qué habrá sido de Orosia?

ESCENA VI

DICHOS; OROSIA por el foro. Viene en traje de viaje, con un guardapolvo, y lleva un saquito de mano.

Oro. ¿Hay permiso?

Merce. (Asombrada.) ¡Ella!

Pepe. (Asombrado.) ¡Orosia!...

Oro. ¿Os sorprende mi presencia?

Merce. La verdad, no esperábamos...

Oro. Me lo figuro. Pues en el mixto ascendente acabo de llegar. Pero no temáis que piense molestaros. Ya tengo albergue en el pueblo.

Pepe. De ninguna manera. Tú te quedas aquí... Lo que no me explico es que... como juraste no volver a ver más a Baltasar...

Oro. Lleváis razón; pero... no creí yo que tuviese tan hondas raíces mi cariño por Baltasar...: está adherido a mi alma como la yedra al muro, es fértil como el musgo, fuerte como el roble. Los primeros días era tal mi indignación, que creí sinceramente que le odiaba; pero pasó la tempestad, llegaron las noches serenas, y empecé a notar el vacío... Me faltaba él..., él, que venía siempre de doce y media a una con un *suizo;* otras, con una ración de merluza frita, y algunas, con una tajada nada más; pero grande. ¡Me faltaba él! El, que la mayoría de las veces turbaba el silencio de la media noche tarareando entre sueños ora el «Ven y ven», ora el «¡Ladrón, ladrón!» (Entonándole.), con lo que a veces me daba unos sustos terribles..., y luego..., al despertar..., ¡tú no sabes lo amargo que es despertar..., tender los brazos a un lado, y una mesilla de noche...; tenderlos al otro..., y otra mesilla!... Es mucho limoncillo, creedme a mí. Al principio, la idea de mi abdicación me asustó. ¡Rebajarme yo!..., ¡transigir!...; pero cada vez que me fijaba en un 30 por 40 al platino que le hizo Calvache, y que tengo colocado en el gabinete, y miraba aquellos ojos negros africanos, aquella fina nariz griega, el bigote graciosamente retorcido, la boca dibujando una leve sonrisa y, para colmo, la dedicatoria, en verso, una dedicatoria campoamoriana, zorrillesca, con una dislocación a lo Zúñiga al final, así concebida:

«No temas porque al platino
me veas, Orosia, aquí:
*pla*ti-no, soy para todos;
pla ti, sí.»

Cada vez, os repito, que veía algún objeto suyo no podía menos de sentirme débil y anhelar la reconciliación, y a eso vengo. Sé que volverá a engañarme; que ha nacido como las libélulas, que hoy liban en una rosa de té y mañana en otra de pitiminí; que le empuja el amor,

la sangre que lleva en sus venas, sangre del Burlador de Sevilla; pero ¿qué voy a hacer? ¡Resignarme!... y pedirle a Dios que le mande una anemia; porque, eso sí, Baltasar sin glóbulo rojo sería un marido modelo.

Pepe. ¿De modo que tú vienes?...

Oro. Sí, he pensado en ti, mi querido Pepe; nadie mejor que tú puede provocar esta reconciliación; tú, y sólo tú, puede devolver la alegría al hoy triste y silencioso entresuelo de la calle del Divino Pastor, porque, óyelo bien, si tu gestión no alcanzara éxito, si él me repudiase, si no volviésemos a ser lo que una bendición sacerdotal, amén de un acta municipal, dispuso que fuéramos, yo..., yo...

Merce. ¿Qué?

Oro. (Sentenciosamente.) *Ave, Cæsar, morituri te salutant...*, y perdonadme lo epopéyico de la cita.

Pepe. ¡Vamos, Orosia, no digas atrocidades!

Oro. ¡Os lo juro! Si Baltasar no me abre sus brazos, la tragedia es conmigo. No sé si apelaré al revólver o a la caída desde un cuarto piso, puesto que ya con las cerillas no se puede contar; pero que me voy de este mundo..., eso, tenedme por despedida. No puedo vivir sin él. (Saca un pañuelo y se enjuga las lágrimas.)

Pepe. (Aparte, a Mercedes.) Y ¿quién le dice a ésta que su Baltasar puede que a estas horas tenga más agujeros que una flauta?

Merce. (Aparte, a Pepe.) ¡Nunca! ¡Menudo espectáculo nos daría!

Pepe. Pues por si nos traen recado de tu hermano y la cosa es grave, más vale quitarla de aquí. (A Orosia.) Pues nada, amiga Orosia, se hará lo que se pueda.

Oro. Gracias. Ya contaba yo con tu mediación amistosa.

Pepe. No creas que la cosa es tan fácil de conseguir; pero en fin...

Oro. No opino como tú. Él a estas horas estará más tranquilo.

Pepe. Eso crees tú; pero sabe Dios cómo estará.

Oro. ¿Cómo? ¿Qué dices?

Merce. No, nada. Suposiciones de éste. Anda adentro y descansa un poco; vendrás rendida del viaje.

Pepe. Aparte de que no conviene que te vea hasta que yo haya hablado con él.

Oro. Sí, sí; como queráis. Gracias, muchas gracias, amiga Mercedes, querido Pepe. (Sentenciosamente.) ¡En tus manos mi espíritu encomiendo!

Pepe. ¡Anda, mujer!

Oro. ¿Por aquí, verdad?

Merce. Sí.

Oro. Hasta ahora. (Vanse Mercedes y Orosia por segunda izquierda.)

ESCENA VII

PEPE solo; en seguida MERCEDES. Después, por el foro, BALTASAR y RAFAEL.

Pepe. (Paseándose por la escena.) Bueno; esto es un drama de los que hace Caralt... Allí puede que haya caído uno...; aquí, ésta, que nos amenaza con caer...; unos, que se matan...; otra, que se suicida... Así no hay manera de vivir... Y el caso es que en el fondo yo quiero a Baltasar y Rafael. Cada vez que recuerdo cuando éramos niños... Pero ¡qué niños!...: la misma altura; los vestidos, iguales; las nodrizas, iguales...; lo que se dice tres gemelos, y, ¡claro!..., donde hay tres gemelos, ya se sabe, uno está de sobra. ¡Así es que teníamos cada gresca!...

Merce. Saliendo.) Bueno; y ahora, ¿qué hacemos?

Pepe. No lo sé, hija mía, porque a estas horas... (Con voz entrecortada.), a estas horas quizá esos pobres amigos vuelen a otras regiones... Parece un contrasentido, ¿verdad?, recibir una perdigonada y seguir volando...; pues ahí verás..., solamente que ese vuelo es invisible, silencioso..., sin necesidad de ahuecar el ala.

Merce. ¡Por Dios, Pepe; no te pongas cursi!

Pepe. Tienes razón; perdóname; pero es que llevo una mañana, que ya no sé ni lo que hago ni lo que digo... Siento una opresión aquí...; y un latido aquí... Cuando vuelva tu hermano, me tiene que recetar algo.

Merce. La mejor medicina es el descanso y la tranquilidad.

Pepe. Pues yo supongo que ahora gozaremos de ella. De una manera o de otra, esto se ha acabado; porque aunque no esten más que heridos, ¡figúrate!... Primero que curan... Y luego que no podrán volver a saludarse... En fin, que, á Dios gracias, nos espera un verano como no lo soñábamos... Completamente solos... (Abrazando a Mercedes.) Solos los dos... (Aparecen en el foro Baltasar y Rafael. Vienen en mangas de camisa, con las americanas colgadas en un hombro: en el otro, las escopetas: canana al cinto, y pendiente de ella, varias piezas de caza menor, perdices y conejos.)

Balta. ¡Pepe!...
Rafa. ¡Pepe!...
Pepe. ¡Los dos!...
Balta. (Entrando.) ¡Pepe querido!
Rafa. (Entrando.) ¡Querido Pepe! (Pausa. Pepe está como atontado.)
Balta. ¿Qué te pasa? ¡Estás como alelado!
Rafa. Habla, hombre, habla.
Pepe. Es que... la emoción...; la alegría... Como yo suponía al que menos *alicortao*...
Merce. ¿Pero no se han batido ustedes?
Balta. Amiga Mercedes. ¿Usted ve estas aves y estos roedores? Pues gracias a ellos no estamos a estas horas como dos cribas.
Pepe. No comprendo.
Rafa. Muy sencillo. Yo, con la escopeta preparada y resguardándome tras chaparros y encinas, entré por la parte Norte del monte. Por el lado Este entró éste, en igual forma, y empezó el ojeo humano.
Balta. Yo parecía un chacal que se había olido a la presa.
Rafa. Yo ídem de ídem.
Pepe. ¿También te la habías olido?
Balta. A los pocos pasos me sale de los pies un conejo; no puedo resistir la tentación, le encañono y ¡pum!..., hecho un ovillo.
Rafa. A los dos metros se me levanta una perdiz; mi afición puede más que mi deseo de venganza, y ¡pum!..., hecha un ovillo.
Balta. Al conejo sigue esta chocha...; a la chocha este gazapo, y ¡pum, pum!..., dos ovillos.
Rafa. De un arroyo me sale esta agachadiza, y al mismo tiempo una liebre, y ¡pum, pum!...
Pepe. Otros dos ovillos. Total, que os enredásteis a tiros con todo menos uno con otro, ¿no es eso?
Rafa. Yo, cuando divisé a éste, ya había gastado los diez únicos cartuchos que llevaba.
Balta. Precisamente, igual me ocurrió a mí.
Pepe. Pues, hombre, haberse dado con la culata en la cabeza.
Rafa. Ya lo pensé; pero temía que las leyes del duelo...
Balta. Como era a la americana...
Pepe. Pues haberse dado aunque no fuera más que un puntapié.
Rafa. Hombre, un puntapié a la americana...
Pepe. ¿Por qué no? Total, con subir un poco más el pie...
Balta. La falta de elementos para matarnos nos hizo reflexionar...
Rafa. Hablamos... Nos dimos nuestras disculpas...

Balta. Convinimos en que antes habíamos estado exagerados...

Rafa. Me tendió la mano...

Balta. Le tendí la mía, y pensamos a un mismo tiempo: ¡la alegría que va a tener Pepe cuando nos vea entrar sanos y salvos; más amigos que nunca, y con estofao para unos cuantos días!

Pepe. Os diré, para mí no cabe duda que es una alegría; ahora que, si ha de ser completa, me tenéis que jurar que esos propósitos de paz han de ser un hecho; por lo menos mientras estéis aquí, que por nada ni por nadie os disgustaréis, y que se acabaron los celos, y todos somos amigos.

Rafa. ¿Cómo amigos? ¡Hermanos!

Balta. Pero hermanos gemelos.

Pepe. No, gemelos no, amigos nada más. (*Se abrazan.*)

Merce. (*Aparte.*) No tiene enmienda... Habré de tomar yo una determinación.

Pepe. ¡Ahí es nada un amigo!... Se dice pronto, ¿eh? Pero un buen amigo no se encuentra tan fácilmente; tiene que ser de la niñez.

Rafa. Como yo.

Balta. Y como yo.

Pepe. Hombre, y ya puestos en el camino de las sorpresas, nosotros tenemos también una que darle a Baltasar, ¿verdad, Mercedes?

Balta. ¿A mí?

Merce. A usted, sí.

Balta. Bueno, ¿pero qué clase de sorpresa? ¿Es agradable o desagradable?

Pepe. ¡Pchs! ¿Qué quieres que te diga? (*A Mercedes.*) ¿A ti qué te parece?

Merce. Que debe serle agradable.

Pepe. Ya lo oyes. Ahora que yo me estoy temiendo que no te lo va a ser; pero aquí de nuestra amistad.

Balta. ¿Quieres acabar de una vez y no ponerte pesado? ¿De qué se trata?

ESCENA VIII

DICHOS. OROSIA por la segunda izquierda.

Oro. (*Desde la puerta.*) Se trata de que vuelvas a mis brazos.

Balta. ¡Orosia!... (*Se echa la escopeta a la cara y la apunta.*) ¡La encañono!...

Pepe. (*Aparte.*) La hace un ovillo.

Rafa. (*Poniéndose por medio y queriendo cogerle la escopeta.*)

¡Pero Baltasar!...

Balta. ¡Dejarme!...

Oro. ¡Dejadle, sí!... Aquí me tienes... Encañóname el pecho; encañóname la cabeza, el corazón..., lo que te dé la gana... Dispara, cobarde, dispara...

Balta. ¿Cobarde yo?... ¡Maldita sea!... *(Coge la escopeta por el cañón y se dirige a Orosia amenazador. Le sujetan.)*

Oro. No, golpes no; prefiero la metralla.

Merce. ¡Qué escándalo!

Balta. ¡Toma! *(Simula que consigue darla un golpe.)*

Oro. *(Dando un grito.)* ¡Ay! ¡Verdugo!

Pepe. ¡Por Dios, Rafael, llévatelo!

Rafa. Vamos, ven conmigo. *(Queriendo llevársele.)*

Balta. Déjame que la mate. ¡Hasta aquí me ha perseguido!

Pepe. Anda, Baltasar, obedéceme y vete, que ya arreglaré yo esto. ¡Por algo quería yo hablarte antes! *(Le van empujando hacia el foro. A los gritos h salido Librada, que forma grupo con Mercedes y Orosia que solloza.)*

Balta. ¡Volver a unirme con ese Otelo hembra! ¡Jamás!

Rafa. Bueno, vamos.

Pepe. Cuando estén más calmados los ánimos, volvéis.

Balta. Sí; pero echarla, porque no respondo...

Rafa. ¡Acaba de una vez, pesado!... *(Se le lleva por el foro. Baltasar se va gruñendo y lanzando miradas furibundas a Orosia.)*

ESCENA IX

DICHOS, menos RAFAEL y BALTASAR

Pepe. *(Volviendo al grupo.)* ¡Gracias a Dios!

Merce. ¡Vamos, Orosia, reponte, mujer!

Oro. *(Sollozando)* No... pue... do... no só... lo me ha re... pudiado sino que me ha atizado.

Pepe. Has hecho muy mal en presentarte así de sorpresa, sin que yo le hubiese preparado.

Oro. El corazón, querido Pepe, el corazón que no ha sabido esperar, ¿pero quién iba a suponer?

Libra. ¿Le ha hecho a usted mucho daño?

Oro. Mucho; para mi son dos daños, el moral y el material..., ahora que por lo pronto os suplico que os fijéis en el material, porque siento un escozor por aquí..., como me dió con la parte de la culata.

Merce. Aquí tienes un cardenal.

Oro. Del golpe.

Libra. Y aquí un arañazo.

Oro. Ese arañazo me le ha hecho el gatillo... sentí la frialdad del hierro que resbalaba.

Pepe. También eres como Dios te ha hecho. Ves que está como una fiera, y en lugar de huir le retas...

Merce. Y le presentas el pecho para que te dispare.

Pepe. ¡Se necesita valor!

Oro. Valor y que había oído que no tenían cartuchos, por eso adopté la actitud que adopté, a ver si mi gallardía, mi desprecio ante la muerte le admiraba y me abría sus brazos (sollozando); pero ya lo habeis visto, si me descuido lo que me abre es la cabeza.. ¡ah!, pero yo no puedo, esta mancilla, este desaire, este trastazo... no, no... todo esto es superior a mi... sobre todo el trastazo es superior.

Pepe. El caso es que nos has dado un disgusto.

Oro. (Continuando.) Perdónadme, porque es el último... antes que la afrenta la muerte.

Merce. Vamos, no disparates; ven adentro; te haremos una taza de cordiales; serénate, y a ver si es posible que descanses.

Pepe. Que descanses tú y que descansemos todos. ¡Llevo una mañanita!... ¿querrás creer que me cruje la cabeza? Si tarda mucho tu hermano voy a tener que mandarle a buscar.

Merce. Librada, llévate a la señora al cuarto que hay junto al mío; preparale la cama y que se eche.

Pepe. Yo voy también para obligarla.

Oro. No, Pepe; por mí, no te molestes.

Pepe. Anda, anda. (Vánse todos menos Mercedes, por segunda izquierda.)

ESCENA X

MERCEDES, enseguida PACO por el foro.

Merce. Esta visto, me dan el verano.

Paco. (Entrando.) Aquí me tenéis nuevamente. Podéis suponer que cuando no os he mandado recado era...

Merce. Porque no era lo que creímos.

Paco. No, querida hermana. Se trataba de unos estacazos que se han cruzado entre dos mozos. Bueno, ¿y tu marido?

Merce. Dentro, esperándote, con un dolor de cabeza cruel.

Paco. ¡Demonio!... ¿El ha padecido siempre de cefalálgias?

Merce. El no ha padecido nunca más que de Baltasar y Rafael, y mientras no encontremos algo que combata ese epidemia, no podremos vivir.

Paco. ¿Pero el desafío a la americana?

Merce. Dió el mismo resultado que los mojicones que se propinaron a la española: una amistad más inqnebrantable, y lo que es peor, un propósito de enmienda que ha venido a apagar las iras que ya iba sintiendo Pepe contra ellos. Además, se ha presentado aquí la mujer de Baltasar, la celosa esa de que te hablé.

Paco. ¡Ah, sí!

Merce. Tu no sabes que escándalo se ha armado. Ella que le tiende de los brazos..., él que la vuelve la espalda..., que la da con la culata..., en fin, no puedes imaginarte. Y como vuelvan a encontrarse, esto va a ser un lavadero. ¡Y pensar que si Pepe me dejase a mí, lo arreglaba en cinco minutos!... ¡Pero, sí, sí... amigos hay para rato!

Paco. Oye... se me ocurre una idea..., es decir, como ocurrírseme... es una cosa que he leído no recuerdo en que novela; pero que voy a poner en práctica, seguro de que os librará para siempre de Baltasar y Rafael.

Merce. (Con alegría.) ¿Qué dices?

Paco. Sí; claro está que si tu marido se prestase a ayudarme, el plan saldría más completo.

Merce. No cuentes con Pepe como aliado contra esos hombres. En un momento de desesperación te diría que sí, pero luego...

Paco. No, si no importa. Contando contigo y con la criada, basta. Supongo que los dos moscones no tardarán en venir.

Merce. Me extraña que no estén aquí ya.

Paco. Perfectamente. Llama a la chica.

Merce. (Llamando en la segunda izquierda.) ¡Librada!... ¡Librada...

ESCENA XI

DICHOS, LIBRADA.

Libra. (Saliendo.) ¿Manda la señorita?

Paco. Oye, Librada, ¿la llave de la verja quién la tiene?

Libra. Aquí está colgada, mírela usted. (La muestra en la tapia.)

Paco. Bien; usted va a hacer todo lo que vea hacer a la señora: llorar cuando ella llore, apurarse cuando ella se apure, y, sobre todo, que el señor

no note la farsa. Le advierto a usted que todo lo que yo diga es mentira, mentira que usted debe aceptar como verdad, al efecto de que se vayan para siempre Rafael y Baltasar.

Libra. (Mirando por el foro.) Ahí vienen.

Merce. Oye, pero indícanos...

Paco. Luego, delante de ellos. Ahora, por lo pronto, ponéos tristes, y si quieren ver a Pepe no consentirlo. Decirles que se ha puesto muy malo, que estoy con él y nada más. Salgo enseguida. (Hace mutis por segunda izquierda.)

ESCENA XII

MERCEDES, LIBRADA. Por el foro, RAFAEL y BALTASAR

Rafa. Aquí le traigo, manso como un cordero.

Balta. Sí; comprendo que he debido respetar que estaba en vuestra casa, y... (Mercedes y Librada no atienden ni contestan y sollozan de vez en cuando.)

Rafa. Ahora que ella, después de lo que pasó en Madrid, no ha debido... Pero, ¿qué ocurre?

Balta. Apuesto a que os dado un disgusto después que yo me marché... ¡Si es una fiera!... Y este Pepe, que tiene un corazón que no le cabe en el pecho, será capaz de no plantarla en la calle.

Merce. Pepe no está ahora para plantar nada. (A Librada.) ¿Verdad?

Libra. Sí, sí, plantar..., con lo que tiene encima...

Rafa. (Alarmado.) ¿Pero es que le ha pasado algo á Pepe?

Balta. Sí que tendría un disgusto; porque, usted lo sabe, uno de mi familia no me tira a mí lo que me tira Pepe. (Tiran por la segunda izquierda un plato que va a estrellarse a los pies de Baltasar.)

Rafa. ¡Recorcho!... ¿Quién hay ahí dentro que?...

Merce. Pepe y el médico.

Balta. ¿Nada más? ¿No estará mi señora? Porque esto de tirar los platos...

Libra. Su esposa está encerrada en otra parte.

Merce. Ahí no hay más que ellos dos. (Sale otro plato volando y se estrella a los pies de Baltasar.)

Balta. Pues cualquiera creería que hay algún malabarista.

Rafa. Yo voy a ver... (Se dirige a la segunda izquierda.)

Merce. (Cerrándole el paso.) No, de ningún modo...; por lo menos hasta que salga el médico.

Balta. ¿Pero es algo grave?

Merce. No lo sé. Mi hermano nos lo dirá.

Libra. Ya sale.

ESCENA XIII

DICHOS, PACO

Paco. (Saliendo.) Señores... (Saluda.)
Merce. ¿Qué? ¿Es cosa de cuidado?
Paco. (Muy serio.) Es cosa de... ¿Los señores son de confianza, verdad?
Balta. De la más excesiva confianza.
Rafa. Uña y carne.
Balta. Si no fuera por ofender a éste, me atrevería a decir que soy su amigo más antiguo.
Rafa. En eso de la antigüedad, creo que estás equivocado. Algo más antiguo soy yo.
Balta. Perdona. El año 68...
Paco. Bien, bien; eso es lo de menos. Lo importante es que ustedes se pueden considerar como de la familia.
Rafa. Casi colaterales.
Balta. Tres cuerpos y un alma.
Paco. En ese caso la catástrofe no es tan grande. (A Mercedes.) Al fin y al cabo tienes a tu lado dos hombres, dos hombres fuertes, sanos, dispuestos a jugarse la vida en aras de la amistad.
Merce. ¡Dios mío, me asustas!
Libra. ¿Pero es que al señor?...
Balta. (Aparte.) ¡Caray, la vida!...
Rafa. (Aparte.) Esto me escama...
Paco. Sí, querida hermana; ocultártelo sería criminal. Esas constantes excitaciones que tu marido tenía por las noches; esas cefalalgias tan continuadas; esas pérdidas momentáneas de memoria, todo esto coronado por alguna tremenda y reciente conmoción de espíritu, han producido en Pepe la más terrible de las enfermedades: ¡la locura!
Libra. ¡Jesús!
Balta. ¡Retarumba!
Rafa. ¡Caracoles!
Merce. ¡Loco!...
Paco. Y no es eso lo peor, sino que es de los locos que engañan. Aparentemente, para un profano en materias médicas, Pepe no tiene nada. Pero cuando más confiado esté ese profano, Pepe le echará las manos al cuello y le estrangulará con una facilidad asombrosa. (Pausa. Caras cómicas de los dos amigos.) Hace un momento, cuando me disponía á pulsarle, me ha tirado un plato a la cabeza, que si no la agacho me la abre, y al despedirme, después de estar lo

más amable del mundo, me ha tirado otro. Ah, esa es una medida que se debe tomar en el acto.

Balta. ¿Esconder la vajilla?

Paco. No, las armas.

Rafa. Bueno, ¿y usted cree que nosotros podemos ser útiles?

Paco. Utilísimos. En caso de un ataque fulminante, ¿qué podrían hacer dos mujeres solas? Claro es que ustedes corren un riesgo formidable, porque esta clase de locura tiene lo que nosotros llamamos *simpatía invertida*, esto es, que cuanto más grande haya sido el cariño que el atacado sintió por cualquier persona, igual es de grande la rabia y el odio que la toma en el momento del ataque, y claro está que como a ustedes les quiere Pepe con locura, pues...

Balta. Comprendido. Que con eso de ser tan amiguitos, nos la hemos buscado.

Paco. ¡Pero qué le vamos a hacer! Para las ocasiones son los amigos, y como ustedes lo son desde hace tanto tiempo...

Rafa. Sí, sí..., es verdad...; ahora, que el más antiguo es este...

Balta. No, perdona; acabas de decirme que en eso de la antigüedad estaba equivocado, y ahora recuerdo que tienes razón. Tú eres mucho más antiguo y mucho más amigo de Pepe Me duele confesarlo, pero nobleza obliga.

Rafa. ¡Quita, hombre!, esa es una modestia tuya que yo no puedo tolerar. Aquí el verdadero amigo eres tú.

Paco. (Aparte a Mercedes.) ¿Ves?..., ya se acabaron los celos. (Alto.) Esas discusiones les honran a ustedes, pero en este caso sobran por completo. Los dos son amigos queridísimos de Pepe, y los dos, como es lógico, se brindan a no abandonar al enfermo hasta que yo escriba a Madrid y se vea el medio de trasladarle a un manicomio.

Balta. El caso es que yo... estando aquí mi señora... no debo continuar...

Rafa. Yo tenía que ir a Madrid con urgencia...

Merce. ¡Por Dios, no me abandonen ustedes!...

Paco. Ya lo oyen, sería inícuo negarla su ayuda en estos momentos.

Rafa. Bueno, pero... ¿no hay algún remedio..., algún calmante..., algo que si le diese la manía de estrangularle a uno le contuviese?

Balta. Por lo menos, hasta que ese uno pudiera ponerse a salvo.

Paco Nada. Una ducha en el momento del ataque ha dado en ciertos casos resultados beneficiosos. En otros, la música ha obrado como sedante..., un vals melodioso..., una habanera..., pero todo esto es largo y ya lo ensayarán en la Casa de Salud.

Balta. Y diga usted, doctor, ¿tiene algún síntoma por el que se le conozca que le va a dar el ataque?

Paco. Por lo general, al ataque precede un período de amabilidad. El enfermo se pone muy meloso.

Balta. ¡Claro, para no inspirar sospechas!

Paco. Ah, conviene no recordarle tiempos pasados. Nada de la niñez, de antiguas amistades... Bueno, y yo, con el permiso de ustedes, me retiro porque me esperan otros enfermos.

Rafa. Oiga, pero usted vendrá muy a menudo...

Paco. Siempre que me dejen libre mis ocupaciones estaré al lado de ustedes. (Abrazando a Mercedes.) Mercedes, calma y confianza en Dios y en la Ciencia. Ahora lo que importa es que no haga una barbaridad. Librada, cierre usted la verja, eche la llave, y a usted la hago responsable. No deje usted salir ni entrar a nadie absolutamente hasta que yo vuelva dentro de una hora. ¿Me oye usted? A nadie.

Libra. Descuide usted, señorito.

Paco. Así evitamos que se escape y pueda darle el ataque en plena calle. ¡La catástrofe sería horrible! Vaya, hasta luego.

Libra. Vaya con Dios el señorito. (Váse Paco. Librada cierra la verja y se guarda la llave.)

Merce. Oye, Librada, los señores comen hoy aquí.

Libra. Muy bien. ¿Manda algo más la señorita?

Merce. Sí, espera, voy contigo. No me atrevo a entrar sola. ¿Ustedes vienen?

Balta. No; nosotros nos quedamos aquí, y si ocurre algo, con darnos la llave..., digo, una voz...

Rafa. En seguida nos tiene usted a su lado.

Merce. ¡Dios se lo pague!

Balta. ¿Quiere usted callar, señora?

Merce. Ya sé que esto lo hacen ustedes muy a gusto.

Balta. Muchísimo.

Merce. ¡Cuando Pepe recobre la razón y lo sepa!

Rafa. Señora, no me hable usted de Pepe...

Balta. Es tal la pena que me ha entrado al saberlo que, vamos, yo... es que no quiero ni verle.

Rafa. Ni yo. Para verle así, más vale no verle.

Merce. Lo comprendo. Hasta ahora. (Vanse Mercedes y Librada por segunda izquierda.)

ESCENA XIV

RAFAEL, BALTASAR. Después, por segunda izquierda, PEPE, en mangas de camisa. Lleva la manga derecha de la camisa remangada; el brazo, al aire; en una mano, un hacha de partir leña; en la otra, un cajón viejo de madera. Hay una pausa. Los dos amigos se miran sin atreverse a hablar.

Balta. Bueno, y yo me pregunto una cosa: si ese hombre está loco, ¿por qué nos encierran a nosotros y no a él?

Rafa. Eso mismo me estaba preguntando yo. ¿No sería una lástima que le diese un golpe a su señora o a su criada?..., porque lo que es a mí, como no me pille a traición...

Balta. Lo mismo digo. Ahora, que nosotros no hemos debido aceptar el quedarnos sin que le hubiesen encerrado. Un hombre que cuando está más amable te está extendiendo el acta de defunción, es para tenerle con siete cerrojos y siete llaves.

Pepe. (Saliendo.) ¡Hola!, ya me ha dicho mi mujer que estábais aquí.

Balta. (Aparte.) ¡Retumba!... ¡El alienado!

Pepe. Me salgo aquí, al patio, a hacer astillas este cajón, a ver si con el ejercicio se me va esta pesadez de cabeza. Siento así como si me fuera a dar un ataque... Con vuestro permiso. (Le da un hachazo al cajón.)

Balta. ¡Qué barbaridad, cómo atiza!

Pepe. (Sonriendo.) Está que corta un pelo en el aire.

Rafa. (Temblando.) ¿Sí, eh?

Pepe. Si pusiérais aquí la cabeza..., fijarse (Da otro golpe.)

Balta. (Aparte.) Este nos da en la nuez.

Rafa. Nosotros te dejamos que trabajes; aquí lo que hacemos es estorbarte.

Balta. Y a mí me está entrando un dolor en la nuca...

Pepe. ¿En la nuca? A ver, ven aquí y agacha la cabeza.

Balta. (Aparte.) Sí, en seguidita. (Alto.) Lo que hacemos es irnos.

Pepe. ¿Irse? Estaría bueno: con la satisfacción que yo he tenido al veros entrar sanos y salvos...; yo, que, aparte de todos los disgustos, os quiero como a hermanos. (Da otro golpe.)

Balta. ¡Ay, que se pone meloso!

Rafa. Y que cada vez da con más fuerza.

Pepe. (Sentándose en el cajón.) ¿Tenéis un pitillo?

Balta. ¿Un pitillo? Tú, dale un pitillo a Pepe, hombre.
Pepe. Así me gusta, que no tengáis celos.
Rafa. ¿Un pitillo?... (*Aparte.*) ¡Cualquiera se acerca!... (*Saca un pitillo.*) Hombre, a ver si tienes tino y le coges en el aire.
Pepe. Si es capricho, venga.
Rafa. Ahí va. (*Le tira el pitillo, que Pepe coge.*)
Pepe. ¿Tenéis encendedor? Yo me he dejado todo en la americana.
Rafa. También se me ha olvidado a mí.
Pepe. (*A Baltasar.*) ¿Y tú?
Balta. ¿Yo?... Hombre, a ver si le coges como el pitillo.
Pepe. Vaya, ya te han entrado celos de Rafael, ¿verdad? Pues anda, tíralo. (*Se le arroja.*) Hoy no quiero disgustaros; al contrario, no sé qué atracción me arrastra hacia vosotros... (*Encendiendo.*) Y ¡ya sé lo que es!...: el pasado... ¿Os acordáis del pasado?
Rafa. (*Aparte.*) ¡María Santísima, que se agrava!
Balta. ¿Del pasado? ¿De qué pasado?
Pepe. De nuestra niñez. De hace treinta y ocho años.
Balta. ¡Vamos, tú estás loco! ¿Quién se va a acordar ahora de eso?
Pepe. ¡Ah! ¿De modo que no os acordáis de cuando jugábais conmigo al peón?
Balta. ¿Que yo he jugado contigo? Ni pensarlo. Como no haya sido este...
Rafa. (*Alarmado.*) ¿Quién, yo?... Yo no he jugado con nadie... Pues poco serio que he sido yo toda mi vida.
Pepe. Vamos, por lo visto estáis los dos de broma. ¿Véis?, eso me gusta a mí.
Rafa. (*A Baltasar.*) ¡Que le gusta!... ¡Que sonríe!... Este se nos viene encima... ¿Por qué no probamos con la música?
Balta. No está mal pensado. ¡Duro con un vals!
Rafa. ¿Con un vals? ¿Y cuál?
Balta. ¡Uno cualquiera, hombre!
Rafa. ¿Silbamos «Sobre las Olas»?
Balta. «Sobre las Olas» es muy difícil. Mejor «El Conde».
Rafa. Pues vaya «El Conde». (*Silban los dos el vals de El Conde de Luxemburgo.*)
Pepe. ¿Pero qué hacéis? (*Riendo.*) Tiene gracia... (*aparte.*) Para mí que estos han empinado un poco... (*Alto.*) Bueno, basta... que no me déis más matraca, que me duele la cabeza... ¿Queréis callar?... (*Les amenaza con el hacha, en broma.*)
Rafa. (*Aparte a Baltasar.*) Basta. Es refractario a la lírica.

Balta. Le excita más. Lo mejor es saltar la tapia. (Salen corriendo y se empiezan a subir a la tapia.)

Pepe. ¿Pero qué hacen esos?

Rafa. (Subiendo.) Se ha puesto agresivo.

Balta. Está que se tira a las tapias.

Pepe. Vamos, dejáos de bromas... bajad...

Balta. (Desde arriba.) ¡Miau!

Rafa. No estamos dispuestos a que nos decapites.

Pepe ¿Pero estáis locos?

Balta. No tanto como tú. Con que de verano. (Vuelven a silbar el vals de El Conde y silbándole desaparecen por el otro lado de la tapia.)

ESCENA XV

PEPE y MERCEDES, poco después LIBRADA y OROSIA.

Pepe. ¡Cuando yo digo que estos la han cogido!...

Merce. (Por la izquierda, agitadísima.) ¡Pepe!... ¡Pepe!... ¡qué desgracia!...

Pepe. ¿Una desgracia?... ¿Pero quién?... ¡habla!...

Merce. Orosia...

Pepe. ¡Vaya, esto me faltaba!... si que está el día como para pasarlo anestesiado. ¿Alguna locura?... ¿Se ha quitado de enmedio, verdad?

Merce. Casi, casi.

Sepe. Ah, vamos, no ha hecho más que apartarse. ¿Y qué? ¿Cómo ha sido?

Merce. En un descuido, sin duda, ha cogido de la cocina el anafre que estaba encendiéndose para planchar, se lo ha subido a su cuarto...

Pepe. No me digas más. Ha intentado axfisiarse.

Merce. ¿Intentado? Como que si no es por la chica que al pasar junto al cuarto sintió unos quejidos y me llamó... Si tardamos dos minutos más, muere. ¡Y qué cuadro, Pepe!. . ¡qué cuadro!... Estaba tendida en el suelo, la cabeza apoyada en el anafre, el pelo completamente suelto, sobre el mármol de la mesilla de noche, la nariz metida entre los carbones que faltaban por encender.

Pepe. ¡Válgame Dios! ¿Y qué habéis hecho?

Merce. La chica la trae aquí, para que la de el aire.

Libra. (Desde la puerta segunda izquierda.) Hágame usted el favor de ayudarme, señorito, que yo sola no puedo.

Merce. Yo voy. (A Pepe.) Acerca tú una silla. (Pepe pone una silla en el centro de la escena. Mercedes entra un momento en la izquierda y sale en seguida, ayudando a Librada a sostener a Orosia, que sacará el pelo suelto, las

ventanas de la nariz tiznadas de negro, el rostro desencajado, etc.)

Pepe. ¡Con lo que a mí me afectan estas cosas! Es que no puedo verlas...

Oro. (A medida que avanza, y hablando con palabra entrecortada.) ¡Gracias...; no... sabéis... el bien que me hace el hidro..., el hidrógeno...

Merce. Vamos, siéntate aquí y respira.

Oro. (Mostrándose el pecho.) Aquí..., no sé qué tengo aquí...; aire, aire...

Pepe. (A Librada, aparte.) ¿Qué dice?

Libra. Que tiene aire.

Pepe. Darle bicarbonato.

Oro. ¡Ah!... ¿Por qué no habéis dejado que el ácido carbónico termine su obra? ¡Acido bienhechor!... ¡Acido humanitario!...

Pepe. Ha sido una barbaridad. Suponte que no da la casualidad de que pasa la chica...

Oro. ¿Y qué? A estas horas estaría de pie ante el Juez Universal.

Pepe. Eso. Tú estarías de pie y nosotros de cabeza, ante escribanos, alguaciles, etc., etc. ¡Muy bonito! Así es como pagas mi amistad..., el interés que...

Oro. Tienes razón; soy una loca, una loca que iba a dar el tributo de su vida a un hombre que no lo merece. Pero Dios no lo ha querido. ¡Mejor! Ahora ya sé lo que he de hacer.

Merce. Calmarte. ¿Verdad?

Pepe. Calmarse y lavarse las narices.

Oro. Tienes razón. La antracita me delataría, y quiero salir de aquí limpia..., limpia de conciencia y de tiznones. ¿Dónde puedo asearme?

Libra. Yo la llevaré a usted.

ESCENA XVI

DICHOS. CURRILLO, con una cuerda grande por el foro.

Curri. ¡Pronto!... Abran ustedes...

Libra. ¿Qué pasa?

Curri. Una desgracia atroz.

Pepe. ¿Otra? ¡Cuando yo digo que está el día!...

Libra. (Abriendo.) ¿Pero qué es?

Curri. Los *señoricos* forasteros, que no sé por dónde se les ha *ocurrío* meterse en ese corralón.

Pepe. Por aquí acaban de saltar. ¿Y qué?

Curri. Pues que acabamos de encerrar por el *lao* allá de la puerta al *Carnicero*.

Pepe. ¿Y qué de particular tiene?

Libra. ¡Ay, señorito, que el *Carnicero* es el buey bravo que van a torear mañana!

Oro. ¿Eh?

Merce. ¿Cómo?

Pepe. ¿Un buey?

Cnrri. Que le embiste a su sombra.

Oro. ¡Dios mío!... !Pronto!... Una escalera... empujadme...

Pepe. ¿Pero dónde vas?

Oro. A impedir que el bicho mate a mi marido o a morir a su lado... ¡por lo que más queráis!... ¡Pronto! Echarme al corral.

Curri. Tanto como matarlo, no creo yo, porque está *embolao*. Ahora que un revolcón...

Oro. De todos modos, que nos revuelque juntos.

Curri. Pué que los otros compañeros que están en el *lao* allá de la tapia, hayan *conseguio* echarle el lazo. Por si acaso yo voy a subir por este *lao*, y si viene por aquí y le echo la *lazá* me *ayuan ustés tós* a sujetarlo.

Oro. ¡Dios mío!, ¿por qué no me truecas en Joselito, siquiera diez minutos?

(Se oyen en el foro por la parte del corral las voces de Baltasar y Rafael que gritan, «¡Socorro!», «¡Favor!»... y momentos después se verá subir por los aires un pelele vestido exactamente igual que Baltasar.)

Curri. (Desde la tapia.) ¡Anda!... ya ha *remontao* a uno.

Oro. ¡El por los aires!... ¡con la rabia que les tenía a los «Zeppelines»!

Curri. ¡Allá va el otro!... (Se ve subir volteando un pelele vestido como Rafael, pero sin chaqueta.)

Pepe. Está jugando con ellos a la pelota

Merce. ¿Qué hace ahora?

Curri. Está desnudando a *tarascás* al que ha caído... Ya lo vuelve a recoger... (Sube el pelele que representa a Baltasar en calzoncillos.)

Oro.
Merce. } ¡Qué horror!...
Libra.

Pepe. ¡Cómo le tire otra tarascada y le vuelve a elevar!... ¡Qué espectáculo!...

Curri. (Desde lo alto de la tapia.) ¡Eh, bicho!... «Carnicero»... ¡Ya está!... ya le han *cogío* del otro *lao* de la tapia... ¡Sujetarle bien!... (Como si hablase con los otros.) ¿Eh?... ¡Ah, sí!... (a los del patio.) *Dénme ustés* unas mantas u algo *pá* cubrirles...

Merce. (A Librada.) ¡Anda, a escape, sácate mantas! (Librada entra corriendo a la izquierda.)

Pepe. Por lo visto les ha quitado más ropa.

Curri. Si señor, sí; como que están...

Pepe. No me lo digas... me lo presumo. Y dices que mañana lidian a ese animalito?

Curri. Mañana.

Pepe. La de pulmonías que va a coger el vecindario.

Libra. (Saliendo con mantas.) Aquí están la mantas.

Curri. Vengan. (Las coge.) Ahora los traemos. (Salta la tapia.)

ESCENA XVII

DICHOS, PACO, poco después BALTASAR y RAFAEL. Vienen en ropas menores, envueltos en las mantas, sentados en dos sillas que sacan CURRILLO y tres mozos del pueblo.

Paco. (Entrando.) Señores...

Pepe. A tiempo llegas.

Paco. Sí, lo sé. Está todo el pueblo ahí, al otro lado de la tapia. Bah, no será nada. El susto y un revolcón.

Oro. ¡Pobre Baltasar!

Paco. No se preocupe usted, señora, que el toro estaba embolado.

Pepe. (Que habrá estado mirando en la puerta del foro.) Ya me parece que los traen.

Paco. (A Orosia.) Verá usted cómo no tienen nada.

Pepe. Pasar, pasar... Colocarlos ahí, y entrar en la cocina; que os den un par de botellas de vino. Tú, Librada; anda, mujer, convídalos.

Libra. Venir. (Entran todos a la izquierda.)

Pepe. ¿Qué? ¿Cómo os encontráis?

Rafa. Mal.

Balta. Yo, siento un frío...

Pepe. Bueno, eso es de la altura. Como has estado a una barbaridad de metros sobre el nivel del mar...

Paco. (Examinándolos.) ¿A ver?... Nada, lo que yo he dicho: el revolcón y el susto. Afortunadamente no hay fracturas... Aquí, en la cabeza, tiene don Baltasar una herida grande...; sin duda el cuerno...

Balta. No; eso me lo ha hecho con un saco que llevaba en el testuz, y que debía tener algún cuerpo extraño...

Curri. Lo que tenía eran cinco pesetas en cuartos.

Balta. ¡Ya decía yo! ¡Qué duro!... ¡Qué duro está el saco!...

Pepe. (Examinándole la cabeza.) ¿Qué barbaridad? ¿Pero esto se lo ha hecho con cinco pesetas? Si parece que le ha dado con el gordo de Navidad.

Paco. No tiene importancia. Un par de días de descanso y en seguida...

Rafa. }
Balta. } (A un tiempo.) A Madrid.

Pepe. ¿Cómo? ¿Os vais?

Balta. Y lo que sentimos es no podernos ir ahora. Esta temperatura no nos hace.

Pepe. ¿Pues no me habíais dicho que este pueblo, lo mejor que tenía eran los aires?

Balta. Eso, quien mejor puede apreciarlo, somos éste y yo.

Rafa. No me lo recuerdes... ¡Qué «Carnicero, Dios mío!

Balta. No me le nombres... ¡Para mí se han acabado los carniceros!...

Pepe. Lo comprendo; si a mí me hubiese ocurrido, me hago vegetariano.

Merce. ¿De manera, que una vez repuestos, se van ustedes?

Balta. Sin remisión.

Oro. (Avanzando y echándose a los pies de Baltasar.) ¡Y yo contigo!

Balta. (Reparando en la cara de Orosia.) ¡Esto me faltaba!... Después del «Carnicero», el carbonero.

Oro. Tú tienes la culpa.

Balta. (Mirándola.) Está que atufa.

Oro. ¡Por tí he bordeado la asfixia!

Pepe. Sí, hombre, perdónala.

Oro. Perdóname, y cuenta que lo que vuelve a tu lado, no es una esposa, es una esclava.

Pepe. Sí, hombre, sí; te llevas una negra.

Pepe. (A Mercedes.) ¡Gracias a Dios que se marchan!

Merce. ¡Que se marchen y no vuelven!

Pepe. (Abrazándola.) ¡Por fin, mi querida esposa!

Merce. ¡Por fin, mi querido Pepe!

(Telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DE ANTONIO PASO

La candelada, zarzuela en un acto.
El señor Pérez, ídem íd.
El niño de Jerez, idem íd.
El gran Visir, ídem íd.
La casa de las comadres, ídem íd.
Los diablos rojos, ídem íd.
Todo está muy malo, diálogo.
Las escopetas, zarzuela en un acto.
La zíngara, ídem íd.
La marcha de Cádiz, idem íd.
El padre Benito, ídem íd.
Sombras chinescas, revista lírica en un acto
Los cocineros, sainete lírico en un acto.
Los rancheros, zarzuela en un acto.
Historia natural, revista lírica en un acto.
El fin de Rocambole, zarzuela en un acto.
Las figuras de cera, ídem íd.
Alta mar, juguete cómico en un acto.
Churro Bragas, parodia de *Curro Vargas.*
Concurso universal, revista lírica en un acto.
Los presupuestos de Villapierde, revista política en un act.
La alegría de la huerta, zarzuela en un acto.
El Missisipí, ídem íd.
La luna de miel, ídem íd.
Las venecianas, ídem íd.
Los niños llorones, sainete lírico en un acto.
El bateo, ídem íd.
El respetable público, revista lírica en un acto.
La corría de toros, sainete lírico en un acto.
El solo de trompa, zarzuela en un acto.
El cabo López, ídem íd.
La virgen de la Luz, ídem íd.
El pelotón de los torpes, ídem íd.
El pícaro mundo, ídem íd.
El trébol, ídem íd.
El aire, juguete cómico en un acto.
La torería, zarzuela en un acto.
Gloria pura, ídem íd.
La misa de doce, entremés lírico.
¡Hule!, ídem íd.
Frou-Frou, humorada lírica en un acto.
La mulata, zarzuela en tres actos
La reina del couplet, ídem en un acto.
El ilustre Recóchez, ídem íd.
El aire, ídem íd.
El rey del valor, ídem íd.

El arte de ser bonita, humorada lírica en un acto.
La taza de té, caricatura japonesa en un acto.
Los mosqueteros, zarzuela en un acto.
La loba, ídem íd.
La hostería del laurel, ídem íd.
La marcha real, zarzuela en tres actos.
La alegre trompetería, humorada en un acto.
Tenorio feminista, parodia lírico-mujeriega.
El quinto pelao, zarzuela en tres actos.
Los ojos negros, ídem en un acto.
Mayo florido, sainete lírico en un acto.
La república del amor, humorada lírica en un acto.
La tribu gitana, zarzuela en un acto.
El gran tacaño, comedia en tres actos.
Los hombres alegres, sainete lírico en un acto.
Los perros de presa, viaje en cuatro actos.
El paraíso, comedia en dos actos.
¡Mea culpa!, disgusto lírico original y en prosa.
Genio y figura, comedia en tres actos.
La partida de la porra, sainete lírico en un acto.
La mar salada, comedia en dos actos y en prosa.
La alegría de vivir, comedia en cuatro actos y en prosa.
Los viajes de Gulliver, zarzuela cómica en tres actos.
La divina providencia, juguete cómico en tres actos.
La gallina de los huevos de oro, comedia de magia en dos actos.
El verbo amar, opereta en un acto, dividido en un prólogo y dos cuadros.
Baldomero Pachón, imitación cómico-lírico-satírica en dos actos.
Pasta flora, comedia en tres actos y en prosa, original.
El debut de la chica, monólogo en prosa.
El orgullo de Albacete, juguete cómico en tres actos.
La pata de gallo, monólogo cómico en prosa.
El potro salvaje, zarzuela cómica en un acto.
La corte de Risalia, zarzuela en dos actos.
El dichoso verano, fantasía lírica en un acto.
España Nueva, profecía cómico-lírica en un acto.
El cabeza de familia, melodrama cómico en tres actos.
La Piqueta, juguete cómico en tres actos y en prosa.
El tren rápido, juguete cómico en tres actos.
Los vecinos, entremés en prosa.
Mi querido Pepe, Juguete cómico en dos actos.

OBRAS DE JOAQUÍN ABATI

Monólogos

Causa criminal. (De actor).
La buena crianza ó tratado de urbanidad. (Id.)
Un hospital. (Id.) (3)
Las cien doncellas. (Id.)
La cocinera. (De actriz) *
El Himeneo (Id.) *
El Conde Sisebuto. (Id) *
El debut de la chica. (Id.) (9)
La pata de gallo. (Id.) (9)

Comedias en un acto

Entre Doctores.
Azucena.
Ciertos son los toros.
Condenado en costas. *
El otro Mundo. (1)
La conquista de Méjico.
Los litigantes.
La enredadera.
De la China. (3)
Aquilino Primero. (8) *
El intérprete. (3)
El aire. (9)
Los vecinos. (9)
Las Hijas Políticas. (14)

Comedias en dos actos

Doña Juanita. (2)
Los niños. (2)
Tortosa y Soler. (7) (R)
El 30 de Infantería. (10) (R)
El Paraíso. (9)
La mar salada. (9)
La gallina de los huevos de oro. (Magia) (9)
Mi querido Pepe. (9)

Comedias en tres ó más actos

Tortosa y Soler. (7)
Los hijos artificiales. (7)
Fuente tónica. (8) *
Alsina y Ripolll. (6)
El 30 de Infantería. (10)
Los reyes del tocino. (Firmada con pseudónimo.) (3)
El gran tacaño. (9)
Los perros de presa (9)
Genio y figura. (1), (5) y (9)
La alegría de vivir. (9)
La divina providencia. (9)
El Premio Nobel. (1)
El orgullo de Albacete. (9)
El cabeza de familia. (9)
La Piqueta. (9)
El tren rápido. (9) y (13)

Zarzuelas en un acto

Los besugos. (3)
Los amarillos. (2)
El tesoro del estómago. (3)
Lucha de clases. (4)
Las Venecianas. (La música.) (5)
Tierra por medio. (4)
El Código penal. (6)
Tres estrellas. (3) *
El trébol. (9)
La taza de the. (9) y (11)

El aire. (9) y (R)
La hostería del laurel. (9)
Mayo florido. (9)
Los hombres alegres. (9)
¡Mea culpa! (9)
La partida de la porra. (9)
El verbo amar. (9)
El potro salvaje. (9)
España Nueva. (9)
El dichoso Verano. (9)

Zarzuelas y operetas en dos, tres ó más actos

La Mulata. (3) y (9)
La Marcha real. (9) *
Los viajes de Gulliver. (9)
El sueño de un vals. (9)
La viuda alegre. (12) *
Baldomero Pachón. (9)
Salambó. (9) *

Las obras marcadas con asterisrisco, ó no se han impreso, ó están agotadas.

Las marcadas con (R) son refundiciones.

---

(1) En colaboración con Don Carlos Arniches.
(2) Idem con Don Francisco Flores García.
(3) Idem con Don Emilio Mario (hijo.)
(4) Idem con Don Sinesio Delgado.
(5) Idem con Don Enrique García Alvarez.
(6) Idem con Don Eusebio Sierra.
(7) Idem con Don Federico Reparaz.
(8) Idem con don Emilio F. Vaamonde.
(9) Idem con Don Antonio Paso.
(10) Idem con Don Luis de Olive.
(11) Idem con Don Maximiliano Thous.
(12) Idem con Fiacro Yrayzoz.
(13) Idem con Don Ricardo Viguera.
(14) Idem con Don Ricardo Cortés.



Precio: 1,50 pesetas.